

SATAN VIVE EN NUESTRA CASA

SILVER KANE

SATAN VIVE EN NUESTRA CASA

SILVER KANE

Colección
SELECCION TERROR n.° 213
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 214 — 1977
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición: marzo, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1977

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

208. — Puerta a la muerte —*Alf Regaldie.*
209. — Escalofríos de muerte — *Ada Coretti.*
210. — Los muertos que no maté — *Burton Haré.*
211. — El gabinete del doctor Sangre — *Curtís Garland.*
212. — Olor a muerte. — *Clark Carradas.*


SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El coche dejó atrás la curva, llegando a la zona de magnífico césped, y el chófer murmuró con voz donde palpitaba oculto temor:

—Ya estamos llegando: Esto es Shirley Manor

Resultaba extraño ver aparecer el edificio allí, casi de repente, cuando se dejaba el espeso bosque y de pronto aparecía la zona ancha. Más allá del prado se alzaban las torres ennegrecidas por la humedad de varios siglos y brillaban a los últimos rayos de sol los ventanales góticos. Un silencio espeso, total, casi alucinante, rodeaba por completo aquellas torres y aquella casa.

Loman murmuró:

—No creí que la casa fuera tan vieja.

—Sí que lo es. Procede de los tiempos de María Estuardo.

La voz que había sonado a su espalda le hizo volverse mientras el coche iba disminuyendo la velocidad para detenerse ante la puerta principal de entrada. Loman miró entonces a la muchacha y a la niña que ocupaban el diván posterior del «Bentley» y tuvo la sensación de que las veía por primera vez.

Era muy extraño, porque había estado conviviendo con ellas durante casi una semana y creía conocerlas bien.

Pero ahora le parecía que Sally tenía una cara completamente distinta.

Y en cierto modo era verdad que la tenía. Porque ahora la cara de Sally reflejaba horror.

Loman musitó:

—¿Qué te pasa?

En apariencia no había motivo para que la muchacha se asustase, pues aunque el aspecto de la casa era siniestro, había muchas mansiones como aquélla en la vieja Inglaterra, y además, Sally había nacido allí. Conocía todos los rincones, todos los muebles de las salas y todos los escalones de las torres. No había ninguna razón para que tuviese miedo.

Pero al seguir la dirección de su mirada, se dio cuenta de que ella estaba mirando sólo uno de los torreones. Y allí no había nada de extraño, salvo la bandera de fondo azul con unas flores blancas y rojas. Era la vieja, la respetable bandera de los Shirley. No había motivo para que asustase a nadie.

Y, sin embargo, Sally la miraba con ojos de horror.

Tanto que parecía a punto de chillar.

—¿Pero qué te sucede? —musitó Loman—. ¿Tanto te extraña ver aquí la bandera de tu familia?

La voz de Sally no pareció la suya al musitar:

—Eso significa muerte.

—Pero, ¿qué dices?

—Hacía más de treinta años que esa bandera no se ponía.

—¿Cómo lo sabes?

—La pusieron el día de la boda de mis padres —contestó Sally con voz trémula.

—Me parece perfectamente natural. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Sólo la ponen el día en que hay una boda o el día en que hay un muerto.

Loman se estremeció.

Había algo en la voz de la muchacha que le producía un escalofrío.

Pero siempre con la misma voz que quería ser animada dijo:

—Sigue pareciéndome perfectamente natural.

—Pero hoy no hay ninguna boda.

—Bueno, pues entonces habrá un muerto —murmuró Loman, queriendo quitar importancia a aquel detalle que a ella la aterrorizaba.

El «Bentley» se detuvo entonces. El chofer descendió, se quitó la gorra y abrió respetuosamente la portezuela para que salieran Sally y Marta, la niña que la había estado ayudando y guiando mientras Marta estuvo ciega. Loman, que había hecho el viaje junto al conductor, se apeó también y estiró un poco el cuerpo para entonar sus músculos, que se le habían quedado dormidos. Su poderoso cuerpo, vestido con elegante desenvoltura, se tensó por unos momentos como un arco. Sus ojos grises miraron hacia el torreón y hubo de reconocer que todo aquello producía un estremecimiento, sin que se supiera por qué.

Quizá era el solemne torreón, ennegrecido por la humedad de los siglos.

Quizá eran los cristales emplomados, envueltos por el silencio.

Quizá aquella bandera que sólo se izaba el día en que se casaba la gente y el día en que se moría.

Pero hoy, ¿por qué? *¿Quién se había muerto?*

Un mayordomo salió arrastrando el pie izquierdo. Era elegante, grueso, atildado, y no le faltaba ni aquel detalle para ser un perfecto mayordomo de la época victoriana: tenía una leve cojera. Saludó respetuosamente a Sally, una de las herederas de los Shirley, y tras besarle la mano musitó:

—Con su permiso, ordenaré que saquen el equipaje.

Parecía una escena de cuarenta años atrás, pues ahora ya no existían normalmente mayordomos como aquél ni se besaba la mano a las chicas de apenas veinte años como Sally. Pero en aquel ambiente de los Shirley bien podía decirse que todo era de otra época.

Sally musitó:

—¿Quién ha muerto?

El mayordomo la miró como si no hubiese entendido.

—¿Qué dice, señorita Sally? —farfulló.

—Pregunto quién ha muerto

—¿Dónde? ¿Aquí, en Shirley Manor?

—Sí.

—Pues… nadie… ¿Quién va a morir?

Sally cerró un momento los ojos.

—En ese caso, alguien morirá —dijo, mientras hundía la cabeza.

El mayordomo miró de soslayo a Loman, aturulladamente. Sabía que Loman la había estado protegiendo durante la última parte de los años que ella pasó en la escuela de ciegos, y que ahora aquel hombre joven y duro seguía siendo el responsable de la muchacha. Pero la mirada que obtuvo de Loman no le sacó de dudas. Era como si él le estuviese diciendo: «No le haga caso, está un poco trastornada.»

Y aquella voz pareció llegar entonces desde muy lejos.

—Alguien —dijo Sally lentamente—, va a morir, Y miró hacia lo alto de la torre.

Fue entonces cuando todos se enfrentaron a aquel desconocido horror. Cuando distinguieron a la mujer junto a la bandera ondeando al viento.

Cuando oyeron su aullido de muerte.

Sus ojos alucinados la vieron caer.

Captaron su parábola alucinante, mientras parecía salir despedida de la torre.

Su cuerpo dibujó en el aire una curva al desplomarse, al cortar el aire antes de estrellarse contra las losas del suelo.

Todos oyeron el «CHASK» terrible de aquellos huesos al romperse, de aquella cabeza al estallar.

Todos contuvieron un grito que pareció ir a brotar de lo más profundo de sus entrañas.

Y todos, cuando aquel cuerpo estalló, fueron salpicados por la sangre.

Capítulo II

El comisario Evans, llegado especialmente desde Londres, alzó la sábana que cubría el cadáver en el pequeño cementerio parroquial de Shirley City y contempló con mirada aprensiva lo que quedaba de aquello que habían sido una hermosa arquitectura humana. Haciendo una mueca, pues no le gustaba ver aquellos destrozos en un cuerpo joven, volvió a colocar la sábana y susurró:

—Vamos fuera. Creo que me vendrá bien un trago.

Salió de la iglesia, que también estaba ennegrecida por la humedad de varios siglos y se sorprendió de que el depósito de cadáveres estuviese dentro de ella, pero no hizo ninguna pregunta. Luego miró a los tres hombres que estaban fuera y que le aguardaban en silencio: un sargento del Yard, el médico forense del condado y el joven Loman, que había estado al cuidado de Sally mientras ésta permaneció en la escuela de ciegos de Chelsea. Pero Evans no habló con ninguno de los tres, sino que fue al coche patrulla que aguardaba a poca distancia y de él sacó una petaca de whisky forrada en piel, de la que se sirvió una ración más que generosa.

—Sólo entonces se sintió más animado para preguntar:

—Oiga, Loman: ¿por qué se llama esto Shirley City?

—Por una sencilla razón: porque esto perteneció hace siglos a los señores feudales que vivían en Shirley Manor. Ahora aquella dependencia ya no existe ni mucho menos, pero el nombre se ha conservado.

—¿Y quiénes son los herederos?

—Sally y su hermana Nat.

—¿Mucho dinero?

—El suficiente para que la gente les tenga envidia —susurró Loman—. Esa vieja mansión no da más que gastos, pero en cambio poseen participaciones en importantes negocios y terrenos en zonas turísticas de Europa: Córcega, Mallorca, la Riviera italiana… A los Shirley se les puede considerar todavía una familia rica.

—Usted conoce bien a Sally, ¿verdad?

—Sí. La familia me contrató para protegerla mientras estaba en la escuela de ciegos. Ya sabe usted que soy detective privado.

Evans se sirvió de nuevo unas gotitas de whisky y musitó:

—¿Cuántos años tiene usted, Loman?

—Veintiséis. Ejerzo desde los veintitrés, desde que salí de la Universidad de Liverpool.

—Pero Sally se pasó casi doce años en la escuela de ciegos, ¿no? Por lo tanto usted no la pudo proteger desde el principio. Era un chiquillo.

—Es que sólo me contrataron al final —dijo Loman.

—¿Por qué?

—No sé… Sally tiene una personalidad extraña, y es una mujer muy sensible, muy misteriosa… Cuando quedó ciega porque sufría constantes desprendimientos de retina y los médicos pensaron que aquello ya no tenía remedio, habría cumplido unos diez años. Era una chica alegre y normal como las otras, según me dijeron, pero supongo que la eterna oscuridad llega a dañar hasta el fondo el alma de una niña de esa edad. En la enorme casa de sus antepasados, llena de escaleras, fosos y pequeñas trampas, hubiera acabado matándose, por lo que le prohibían salir de su habitación. Entonces ella empezó a sufrir alucinaciones. Decía que veía a los muertos de la familia y que hablaba con ellos. ¡Imagínese! ¡Una chica que no podía ver ni una bombilla de cien vatios encendida junto a su cara! Lo cierto fue que sus padres se dieron cuenta de que allí acabaría sufriendo trastornos serios y la enviaron a la escuela de ciegos de Chelsea.

—¿Para qué?

—Muy sencillo —dijo Loman—. Para que aprendiera a desenvolverse, porque imaginaron que ya nunca más recobraría la vista. Allí la enseñaron a comer sin pincharse y a leer y escribir como una normal. Todo fue perfectamente, dentro de la desgracia, hasta hace un par de años.

—¿Entonces le llamaron a usted?

—Sí.

—¿Por qué?

—Empezaba a sufrir trastornos, alucinaciones… —susurró Loman —. En fin, tampoco es tan extraño, ¿comprenden? Una muchacha de veinte años ya tiene problemas sentimentales, sexuales… Quizá sentía ansia por ver de nuevo la luz que recordaba de sus días de niña. Quería ser como las otras y sin embargo se encontraba recluida allí… No olvidemos que Sally no era ciega de nacimiento, y que por lo tanto sufría mucho más al poder recordar un tiempo más feliz. El caso fue que empezó a imaginar cosas, a juntar el pasado con el presente, y se transformó en una alucinada: Cuando empezaron a pensar que quizá corría peligro de suicidarse, la familia me pidió que la protegiese.

—¿De qué modo?

—Por un lado la sacaba a pasear, y ella podía estar segura a mí lado porque soy un *catcher*, un luchador que puede poner a raya a cualquiera que la moleste. Al mismo tiempo, mis estudios de sicología me permitían comprenderla un poco y ayudarla a soportar todo

aquello. Pero la que realmente la ayudó, la que resultó decisiva para su vida, fue la pequeña Marta.

—¿Esta niña que la acompaña?

—Sí.

—¿Qué edad tiene?

—Unos nueve o diez años

—¿Y qué pinta una niña de esa clase con una millonaria que hasta ahora ha sido ciega? ¿De dónde ha salido Marta?

—Nadie lo sabe exactamente —musitó Loman, mientras se ponía un «Craven» entre los labios—. Eso también es un pequeño misterio. Alguien la abandonó una noche junto a la escuela de ciegos y la niña apareció llorando y muerta de frío a la mañana siguiente. Tuvieron compasión de ella y se la quedaron allí, después de pedir permiso al juez. La niña se crió junto a las ciegas.

—¿Pero especialmente junto a Sally? ¿Por qué?

—Porque Sally sintió inmediatamente una tremenda atracción por ella. Yo diría que era simplemente compasión. Yo diría que aquello era incluso amor de madre. Toda la ternura que no podía poner en nadie la puso en aquella niña que temblaba en sus brazos, y todo lo que no contaba a su confesor se lo contaba a aquella pequeña que no la entendía. Pero no fue eso solamente sino que las dos aprendieron además a vivir en común. Sally le enseñaba a Marta lo que es el mundo de los ciegos, y Marta la ayudaba a andar, la conducía, la acompañaba… En pocas palabras, Marta era su lazarillo, su perro guía… Por eso cuando Sally ha recobrado la vista después de una operación, no ha querido separarse de ella y la ha traído a Shirley Manor

Evans dejó la petaca en el interior del coche y miró frente a sí el paisaje oscuro, deprimente, casi siniestro. Parecía uno de esos paisajes de la vieja Inglaterra que aparecen en los cuentos de horror.

Ahora ya sabía muchas más cosas que al llegar allí, pues hasta una hora antes lo había desconocido todo acerca de los Shirley. Sólo sabía que eran una de las más prestigiosas familias del país y que altos personajes de Scotland Yard estaban interesados en que el apellido no se viera envuelto en un escándalo. Pero ahora estaba enterado de muchas cosas más.

Señaló hacia el interior de la iglesia, que daba entrada además al cementerio y al depósito de cadáveres.

—Y la muerta, ¿quién era? —musitó.

—Una sirvienta —explicó el forense—. Se llamaba Sigrid.

—Según usted, ¿qué ocurrió?

—En apariencia algo inexplicable, porque una chica de esa edad, y además sana y bonita, no tiene por qué lanzarse desde una torre. Pero

lo que he visto en la autopsia me ha permitido comprobar que hay una razón.

—¿Qué razón? —preguntó Evans.

—Ella se drogaba. Hemos encontrado en su organismo rastros de LSD, y ya se sabe que el LSD ocasiona vértigos y pérdida del sentido del vacío. Una gran cantidad de los que se drogan con eso acaban arrojándose por una ventana si nadie los vigila. La chica había tomado mandanga, y en un rapto de locura se lanzó desde la torre. Reconozco que es una historia lamentable, pero es una historia que ha ocurrido centenares de veces en otros lugares del mundo. ¿Qué le vamos a hacer? Yo encuentro bien la costumbre que se practica en Irán a los que comercian con drogas, se les ahorca.

Evans no hizo ningún comentario.

Irán estaba demasiado lejos.

Pero sintió un cierto alivio, porque al menos ya tenía una explicación para aquel hecho que al principio se le antojó inexplicable. Un suicidio provocado por ingestión brusca de LSD… Perfecto. Ya podía dar el asunto por liquidado.

Mientras tomaba unas notas, susurró:

—Haga un informe, doctor, y yo lo firmaré también. Me parece que podemos dar el asunto por resuelto.

Y fue a salir.

Pero de pronto miró a Loman.

Loman estaba quieto, rígido, con la mirada perdida.

—¿No viene detective? —preguntó Evans—. ¿Qué pasa? ¿Se va a quedar aquí de muestra?

—Es que hay algo que no entiendo, inspector —dijo el joven, siempre con la mirada perdida.

—¿Qué es?

—Algo muy sencillo. ¿Por qué Sally dijo, al venir hacia aquí, que alguien iba a morir? *¿Por qué lo dijo?* ¿Por qué…?

Capítulo III

Los ejemplares de los últimos periódicos llegados de Londres estaban sobre la mesa. Todos, desde el circunspecto *Times* hasta el llamativo *Daily Mail,* dedicaban escaso interés a la muerte acaecida en Shirley Manor. Como máximo, una columna. Unos titulaban «Suicidio en una mansión aristocrática». Otros, con menos imaginación o con menos ganas de informar, decían sencillamente «Suicidio».

Reginald, el tío de Sally, se sirvió un par de dedos de whisky de la botella de cristal tallado, y dijo a la muchacha, que estaba sentada cerca de la chimenea, en una de las butacas de cuero rojo de la biblioteca:

—Por fortuna nuestra familia no se ha visto demasiado envuelta en el escándalo. Ya has visto que los periódicos tratan el asunto con mucha discreción.

—Sí —susurró la muchacha, con un hilo de voz—. Pero es que para los periodistas se trata de un suicidio más de los muchos que tienen lugar en Inglaterra.

Para mí se trata de un caso estremecedor.

—Lo comprendo. Lo has vivido tan de cerca…

—No, no se trata de eso solamente.

—¿Pues de qué se trata?

—Yo sabía que iba a ocurrir:

Tío Reginald la miró con sorpresa, mientras daba vueltas entre sus dedos al vaso de whisky cuyo contenido no había probado aún. Al fondo de la sala, cerca de una de las ventanas de cristales emplomados sobre los que empezaba a repiquetear la lluvia, Loman la miró con atención también, volviendo bruscamente la cabeza.

Estaba preparando ya sus escasas pertenencias para marcharse de la casa, puesto que ya no hacía falta en ella, cuando de pronto volvió a sentir aquella especie de nudo en la garganta. Miró a la muchacha cuyo rostro parecía sobrenatural al ser iluminado de lleno por las llamas de la chimenea.

Tío Reginald musitó:

—¿Por qué lo sabías?

—Por la bandera.

—¿Qué ocurre con la bandera?

—Existe una vieja tradición de la familia, según la cual, sólo se iza en el torreón los días de boda y los días de entierro.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver?

—No había ninguna boda, y por lo tanto tenía que haber un entierro —dijo tenazmente Sally, con la mirada perdida, como si por su boca hablase la voz de otra persona.

Tío Reginald, que llevaba muchos años viviendo allí, administrando los bienes de la familia, dijo con desaliento:

—Mira, Sally, no puedes imaginarte lo contento que estoy de que hayas recobrado la vista, y de que otra vez vivas en el mundo de las personas normales, pero los años pasados en Chelsea parece que te han hecho olvidar las medidas normales de nuestro planeta. Esas tradiciones familiares de las que tú hablas, no significan nada. Sencillamente una pobre muchacha drogada se suicidó ese día como podía haberse suicidado otro. No tiene nada que ver… Y además, voy a explicarte una cosa: ¿sabes quién hizo que ondeara la bandera en lo alto de la torre?

—¿Quién?

—Yo mismo. Estaba tan contento de que vinieras, y quería recibirte con tanta solemnidad, que hasta por un momento pensé poner colgaduras en las ventanas, pero me pareció ridículo. En cambio, consideré normal hacer ondear la bandera, como en los grandes días, ¿sabes? De modo que no hay nada de especial en lo que ha ocurrido. Insisto en ello, Sally. Insisto…

Su voz era suave, convincente. Hubiera disipado los recelos de cualquiera, y en efecto, disipó los de Loman, que lo estaba oyendo todo. Desde después de la autopsia, conocidas las causas del suicidio de la doncella, comprendía que ya no había motivo para quedarse allí, y por lo tanto se disponía a largarse. Lo que le acababa de oír decir a Reginald le reafirmaba en esa convicción.

Pero otra vez la voz de Sally sonó como una voz de ultratumba:

—El caso fue que lo hiciste, tío Reginald.

—Bueno, claro que lo hice. ¿Y qué?

—Todos estamos en manos del destino, todos estamos en poder de fuerzas ciegas que operan en el seno de esta casa. Tú hiciste lo de la bandera con la mejor voluntad, pero en realidad te convertiste en un instrumento.

—¿En un instrumento de quién? —preguntó el aristócrata, con expresión amoscada.

—Del Más Allá.

Reginald, cuyos ojos habían visto muchas cosas en los sesenta años que llevaban abiertos en esta vida, hizo un gesto de desesperanza y miró a Loman, que seguía al fondo de la habitación. A través de la distancia pareció preguntarle con desaliento: *¿Se da cuenta de que es cada vez peor? Hace poco necesitaba un oculista, pero ahora necesita un*

psiquiatra.

Loman se encogió levemente de hombros, como indicándole que él riada podía hacer. Realmente había terminado su trabajo al acompañarla allí, después de salir de la escuela de ciegos de Chelsea. Lo que ocurriera dentro de la mansión de los Shirley ya no era cuenta suya.

La muchacha susurró:

—Parece que no me comprendes, tío Reginald. Y deberías tratar de hacerlo, porque el peligro nos amenaza a todos por igual. A ti, a mí, a Nat, a todos los que estamos en la casa… Hay una serie de cosas que pasarán porque tienen que pasar. Y ocurrirán fatalmente aunque queramos evitarlas. Pienso que debemos meditar todos y tratar de encontrar las raíces del mal para ponerle remedio.

—¿El mal? ¿Qué mal?

Reginald quería hacer las preguntas en voz normal, pero en realidad empezaba a estar desesperado, porque se daba cuenta de que su sobrina, una de las dos herederas de una inmensa fortuna, estaba para que se la llevasen los loqueros. Y le reafirmó en esta convicción el hecho de que ella no contestara a su última pregunta.

En vista de eso, intentó tomarse las cosas a broma y preguntó:

—¿De modo que yo también estoy en peligro de morir violentamente?

—Sí.

—Puedo asegurarte —dijo riendo—, que no pienso arrojarme desde lo alto de una torre por muchas banderas que pongan en ella. Todavía tengo salud, tengo dinero y una querida treinta años más joven que yo. No me da vergüenza confesarlo. De modo que de ganas de morir nada, ¿eh? Pero lo que se dice nada…

Y lanzó una carcajada.

Aquella carcajada se fue diluyendo en el aire.

Porque empezaba a tronar sobre la comarca. La tormenta arreciaba, y las tormentas eran muy violentas allí, eran casi brutales. Tanto, que a él le producían crisis de nervios y había momentos en que de verdad pensaba en la muerte.

—¿Cómo notaré que está cerca mi muerte? —preguntó—. A ver si te atreves de una vez a decir eso. Porque o hablamos en serio o no hablamos, ¿eh? A ver… Menos tonterías. ¿Cómo lo notaré?

La muchacha no contestó en el primer momento.

Había cerrado los ojos. Las llamas de la chimenea seguían proyectándose sobre su rostro y dibujando sombras en él. Había instantes en que aquellas facciones tan bellas llegaban a adquirir un cierto aire siniestro, sobrenatural, remoto.

Con voz que no parecía la suya, susurró:

—Lo notarás porque llevarás encima tres flores de lis.

—¿Qué?

—Tres flores de lis —dijo ella con voz opaca, siempre con los ojos cerrados y con expresión de terrible sufrimiento.

Parecía hacer un enorme esfuerzo para concretar sus pensamientos, y aquel esfuerzo la dejaba completamente exhausta.

Tío Reginald lanzó una carcajada.

Definitivamente había que tomarse aquello a broma. Se puso en pie y paseó su alta estatura por la habitación, dejando que de vez en cuando iluminaran su calva las llamas de la chimenea. Vestido a la antigua usanza, con un traje oscuro que parecía un smoking—porque él era de los que aún se visten severamente para cenar— parecía arrancado de una estampa de la aristocracia inglesa de cien años atrás. Si por Shirley Manor no había pasado el tiempo, por Reginald Shirley había pasado mucho menos aún.

—¿Y por qué voy a llevar yo encima tres flores de lis? —preguntó, poniéndose repentinamente serio—. Nosotros pertenecemos a la mejor aristocracia inglesa, Sally. ¿Por qué habíamos de llevar un distintivo que pertenece a la corona de Francia?

—No lo sé. Quizá compraste una pitillera con ese emblema. 0 una pipa, o un encendedor a gas… Pudiste adquirirlo porque era un emblema que te gustaba.

—Jamás haría eso —mascullό Reginald orgullosamente—. He tenido bastantes aventuras con francesas, que me parecen adorables, pero la verdad es que detesto a los franceses.

Y fue hacía Loman mientras musitaba:

—¿Qué piensa usted de eso? ¿Qué le parece? Una tontería, ¿verdad?

Y fue luego hacia la ventana, sobre cuyos cristales repiqueteaba la lluvia, mientras murmuraba:

—Empieza a hacer frío…

Tosió dos veces.

—Vaya… —dijo—. ¡Pues sí que estamos bien! ¡Vaya…!

Extrajo el pañuelo para sonarse. Lo desdobló. Y de pronto, cuando iba a llevárselo a la cara, sus ojos se desencajaron y su mano sufrió un estremecimiento.

—¿Pero qué es esto? —balbució.

Loman se puso en pie, mientras barbotaba:

—¿Qué…?

—Estas tres flores de lis —susurró Reginald con un hilo de voz—. *¿De dónde han salido…?*

Capítulo IV

El taxista que llegaba desde Shirley City bajó corriendo mientras se echaba sobre la cabeza un impermeable para resguardarse de la lluvia, pulsó el cordón de la campanilla y oyó lanzando maldiciones cómo el «gong, gong, gong» solemne y ronco resonaba dentro de la casa.

—Ni siquiera han puesto un timbre moderno —barbotó—. ¡Menuda casa llena de antiguallas! ¡Y menuda nochecita…!

La puerta se abrió, y uno de los cinco criados que aún vivían en la mansión, apareció en el umbral, mirando con expresión desconfiada. Al reconocer al taxista hizo un gesto.

—¡Menudo viaje te debes haber pegado, Tom! ¡Seguro que no se ve nada en la carretera!

—Nada. Es una noche de brujas…

—Pues lo siento, porque has hecho el trabajo en balde. Bueno, en balde, no. Vas a cobrar igualmente.

—¿Es que ese detective de la puñeta aún no está listo? ¿Pues a qué espera?

—El detective de la puñeta —dijo el sirviente con expresión ofendida, recalcando la palabra—, no va a la estación. Piensa quedarse a vivir todavía unos días aquí.

—Pero ¿por qué? ¡Si esto es una tumba!

—Quizá las tumbas le gustan. Tiene derecho, ¿no?

Y le hizo pasar, porque el otro se estaba empapando. Mientras le daba el importe de la carrera, ida y vuelta, indicó:

—Anda, ve a la cocina y sírvete tú mismo un poco de ron del barril de la derecha. Es de lo mejorcito. Ah… ¡Y no vuelvas a llamar *tumba* a esto, maldita sea! ¡Luego, por la noche, se despierta uno y ya no puede dormirse otra vez!

Y los dos hombres se alejaron. No se dieron cuenta de que, desde lo alto de las solemnes escaleras, les contemplaba Loman.

Este sujetaba la barandilla con tanta fuerza que hasta sus nudillos habían quedado blancos. Pero no se daba cuenta de eso.

Detrás de él apareció Reginald.

Reginald parecía una sombra de sí mismo.

Con voz apenas audible, musitó:

—¿Al final no se marcha…?

—No. Creo que es conveniente que me quede un par de días aquí, aunque sea con todo desinterés. No pienso cobrar nada por mis

servicios.

—¿Por qué hace eso?

—Quizá por una tontería —dijo Loman—. Debe ser porque nunca me ha gustado viajar cuando hay tormenta.

—No, Loman; lo hace por otra cosa.

—¿Eso cree? ¿Y por qué piensa que lo hago? —preguntó el detective, intentando sonreír.

—Por las tres flores de lis que aparecieron bordadas en mi pañuelo. El hecho le ha extrañado tanto que por eso no se marcha.

—Le confieso que sí, que me extrañó —dijo Loman, con voz que no lograba fingir indiferencia.

—A mí me ha dejado helado. Es algo que no comprendo, es algo que me deshace los nervios cuando lo pienso.

—¿De dónde sacó ese pañuelo, Reginald?

—Del cajón de la mesilla donde los tengo todos. Son siempre del mismo color y de la misma calidad: blancos y de hilo. Desde que volví del servicio militar me los sirven en la misma tienda.

—¿Y ninguno de ellos está bordado?

—No, ni siquiera con mis iniciales. ¿Por qué uno de ellos iba a estar bordado con tres flores de lis? ¿Y precisamente el que llevaba entonces?

Loman movió la cabeza negativamente. No lo entendía, y hasta en cierto modo no quería entenderlo. Todo aquello le parecía un poco obra del diablo, como si ahora resultase que Sally, la muchacha visionaria que hablaba de los poderes de ultratumba, tuviera razón.

—¿Seguro que lo sacó del mismo sitio? —preguntó.

—¡Y tanto que sí! ¿Cree que no sé distinguir los cajones de mis muebles?

—¿No pudo ser que alguien le diera el cambiazo?

—¿Para qué me lo iba a dar? ¡Qué tontería! ¿Qué iba a ganar alguien con quitarme un pañuelo del bolsillo y ponerme otro? Además, ¡es absurdo! ¡Para eso hay que tener la mano metida en el bolsillo durante bastante rato y yo me hubiera dado cuenta!

Y de pronto, tuvo un estremecimiento, como si pensara que le estaban envolviendo los poderes de lo sobrenatural. Clavó en Loman unos ojos que ya habían pérdida fijeza y musitó:

—¿Qué cree que debo hacer?

—Avisar al sargento Molner, de la policía de Shirley City. Dígale que alguien le está gastando bromas.

—¿Qué clase de bromas? Él no lo mantendría si yo no le explicara también las incomprensibles palabras de Sally, y en ese caso la tomaría por una loca. Más vale que no salga nada de esto de aquí. Oiga… Confío en su discreción, ¿eh? De verdad, prefiero que esto no

se comente.

—No lo comentaré con nadie —prometió Loman—, pero a cambio de eso hágame caso en lo que voy a decirle.

—¿En qué?

—Métase en su habitación, cierre con llave y no abra a nadie. ¿Tiene teléfono interior? Bueno, pues ni siquiera conteste al teléfono. Permanezca en ese refugio mientras yo hablo con Sally y trato de sacarle la verdad de esas palabras sin sentido.

¿Me ha comprendido bien? *Pues actúe como si esas palabras fueran verdad.*

Reginald le miró de frente. Sus facciones habían palidecido tanto que se habían vuelto cerúleas. Mientras un rayo parecía estrellarse contra las paredes del edificio, preguntó con voz trémula:

—¿Es que usted cree en ellas?

—No. Le aseguro que no.

Reginald hizo una mueca de alivio, mientras musitaba:

—Gracias.

Estaba asustado de verdad y necesitaba que alguien le sacase el miedo que llevaba dentro del cuerpo. Avanzó de manera vacilante hasta llegar a su dormitorio y se encerró en él. Se dio cuenta entonces de que una de las ventanas estaba abierta.

Eso le pareció un mal agüero.

Él siempre las cerraba.

La ajustó con un movimiento nervioso, y en ese momento otro rayo cercano iluminó con perfiles tétricos toda la habitación. Reginald tuvo otro estremecimiento, corrió las cortinas y el relampagueo atroz de la noche quedó definitivamente fuera. Dentro de la habitación permaneció, sin embargo, una atmósfera confortable, segura, como si allí no pudiera acechar ningún peligro.

Uno de los criados había encendido la chimenea, de modo que se estaba perfectamente allí. Reginald encendió las luces, tomó asiento junto a la chimenea, descolgó el teléfono y, de pronto, se acordó de que no había cerrado la puerta con llave. Se levantó para hacerlo, asegurándose bien de que nadie podía abrir desde el exterior.

Luego volvió a tomar asiento al amor del fuego, teniendo entre sus dedos uno de los libros que tenía en turno de lectura. Intentó sonreír y pensó en las extrañas palabras de Sally.

De pronto, le parecían completamente absurdas unas palabras dignas de risa o de pena. ¿De dónde había sacado ella aquella tontería? ¿De dónde la maldición de las tres flores de lis?

Y, de pronto, lo recordó.

No, no era una tontería.

De pronto, sintió que se le erizaban hasta los pelos de la nuca.

Balbució:

—¡Infiernos!

Sus ojos se habían desencajado, sus dedos habían dejado caer el libro.

Intentó ponerse en pie y las piernas le fallaron. De su garganta escapó una especie de ronquido.

El terror le dominaba.

Era un terror angustioso que estaba ya mezclado en su sangre.

Sabía que nadie estaba allí.

Sabía que nadie podía matarle.

Y sin embargo… ¡iba a morir!

Logró al fin ponerse en pie.

Los ojos desencajados miraron en torno suyo.

No, no había nadie.

Veía la habitación conocida, en la que llevaba viviendo muchos años. Veía las cortinas alumbradas de vez en cuando por la espectral luz de los relámpagos. Veía la puerta herméticamente cerrada y por la que era imposible entrar.

Pero, sin embargo, *¡la muerte estaba allí!*

La llevaba en la sangre.

Miró con ojos fascinados las llamas de la chimenea y se dio cuenta… ¡de que desde allí le estaba acechando el más allá! ¡Que entre aquellas llamas le contemplaba la cara de la muerte!

Tambaleándose, intentó llegar hasta la puerta y abrirla, pero ya no tuvo tiempo. De pronto, las piernas le volvieron a flaquear, y ahora definitivamente. Cayó de rodillas mientras su boca se contraía en una mueca.

Lanzó un estertor.

Su boca expulsó un chorro de saliva como si de pronto hubiera de quedar definitivamente seca.

Los ojos vidriosos ya no miraron a ninguna parte.

Quedó con las manos agarrotadas.

La mirada perdida.

Y una mueca de horror en aquella cara siniestramente iluminada por las llamas de la hoguera.

Capítulo V

Otra vez el comisario Evans volvió a mirar el paisaje que le parecía tétrico, otra vez clavó sus ojos en la iglesia y pareció preguntarse cómo era posible que estuviese allí el depósito de cadáveres del condado.

El forense salió como una sombra.

Había dejado de llover desde bastantes horas antes, pero el aire todavía estaba húmedo. Algunas gotitas se desprendían de las hojas en los robles centenarios. En algún lugar lejano, unas campanas se pusieron a sonar, y a todos les pareció de pronto que aquello sonaba a muerto.

Loman estaba apoyado en una de las paredes de la iglesia.

Ya había arrojado al suelo dos cigarrillos sin acordarse ni de encenderlos.

El forense anduvo unos pasos con las manos a la espalda, miró al fin a Evans y susurró:

—Es inexplicable, le juro que es inexplicable.

—¿Ha terminado ya la autopsia? ¿La ha terminado *bien*?

—Pues claro… ¡He trabajado en ese cadáver más de cinco horas!

—¿Ya qué conclusión ha llegado, aparte de esa cosa tan poco científica de que es «inexplicable»? ¿Es que un médico veterano como usted no sabe que todas las cosas pueden explicarse?

—Al contrario. Cuanto más veterano es uno, más cosas encuentra que no se pueden explicar —dijo el forense—, pero no me refería a Reginald al hablar así. A juzgar por su cara, yo diría que murió de miedo, pero en cambio no había nadie en la habitación. La puerta estaba con la llave echada por dentro. La única ventana de la habitación estaba férreamente cerrada por el mismo Reginald, puesto que usted me ha dicho que habían sido halladas sus huellas dactilares muy frescas. Todo estaba en perfecto orden. Nadie había entrado en aquella habitación, ni podía entrar nadie.

Un leve estremecimiento les recorrió a todos mientras escuchaban estas últimas palabras, como si de pronto pensaran que les envolvía una atmósfera del más allá.

Evans gruñó:

—Yo soy el que dice si alguien pudo entrar o no pudo entrar. Ese no es asunto de su incumbencia, doc.

—Muy bien; pues diga lo que piensa.

Evans se mordió el labio inferior.

—No pudo entrar nadie —susurró—. Absolutamente imposible.

—¿Y cree que pudo haber algo que causara en Reginald un terror invencible?

—¿Por qué pregunta eso?

—No lo sé. Son simples suposiciones —musitó el forense—, pero las suposiciones acaban llevando a algún sitio. Me refiero a si alguien pudo proyectar en el interior de la habitación algo terrorífico. Por ejemplo, una imagen espantosa.

—¿Con qué? ¿Con una cámara de cine? ¿O con un proyector de diapositivas? — mascullló Evans, incrédulamente.

—Por ejemplo.

—Pues no. Es imposible —dijo el hombre del Yard—.Allí no había nada que pudiera proyectar nada. Y desde el exterior era más imposible aún, porque la habitación se halla en un piso alto y hubieran necesitado una grúa para elevar la proyectora hasta allí. Y encima las cortinas son espesas y estaban corridas del todo.

—Quizá se filtró alguna voz, alguna amenaza… Dese cuenta de que estoy tratando de ayudarle, Evans. Intento darle posibilidades.

El hombre del Yard movió la cabeza negativamente.

—No —dijo—. Ninguna voz puede atravesar desde fuera aquellas paredes de piedra —reconoció—. Tampoco había micros ni nada desde donde se pudiera emitir un sonido. Lo hemos registrado a conciencia.

El médico dijo con la mirada perdida:

—Bien… El caso fue que la muerte se produjo por fallo cardíaco, y eso será lo que yo ponga en el informe, pero nadie me quitará de la cabeza que el fallo cardíaco fue provocado por el miedo. Y me pregunto: ¿qué llegó a ver ese hombre? ¿O qué llegó a imaginar?

Todos se miraron.

La respuesta era: Nada.

Encerrado en aquella especie de tumba que era su habitación, no podía sufrir daño alguno ni recibir amenazas de ninguna clase. Imaginaciones terroríficas sí que podía tenerlas, pero las imaginaciones no matan. Lo único que hacen, en todo caso, es quitarle a uno el sueño.

Los rostros taciturnos se miraron. De pronto se dieron cuenta, contemplándose unos a otros, de que todos tenían un aspecto mortecino y gris. Quizá era por el ambiente, pero el caso era que todos parecían haberse vuelto viejos de pronto.

Loman se estremeció hasta los huesos. Porque él era el que conocía un poco de la verdad, él era el único que había oído hablar de la maldición, aparte del muerto. Y por lo tanto, sabía que aquello no tenía explicación científica y que las sombras del más allá les estaban

rodeando desde que pusieron los pies en aquella maldita casa.

De pronto, notó que todos le miraban.

Evans preguntó, con voz cascada:

—¿Usted no iba a largarse, pesquisa?

—Sí.

—¿Por qué no lo ha hecho?

—Decidí aplazar el viaje. Anoche, cuando murió Reginald, hacía un tiempo de perros rabiosos y de brujas.

—Pero sólo tenía que ir hasta Shirley City y allí tomar el tren. Y tengo entendido que hasta un taxi vino a buscarle para llevarle a la estación. ¿Por qué a última hora decidió no irse?

Loman estuvo tentado de decirle que resolvió quedarse cuando se dio cuenta de que Reginald tenía un pañuelo bordado con tres flores de lis, pero se dio cuenta de que no le entenderían ni le creerían. Era una cosa como para que se rieran de él, aunque él solo recuerdo de aquella situación le helara la sangre. Mientras se ponía en los labios su tercer «Craven» y al fin lo encendía, musitó:

—Reginald me pidió que me quedara.

Era una mentira como cualquiera otra, y puesto que Reginald no iba a negarla, le servía perfectamente.

—¿Por qué? —preguntó Evans—. ¿Tenía miedo?

—Digamos que estaba intranquilo.

—¿Cuál era la razón?

—Quizá ninguna en concreto. Las tormentas le afectaban. Yo creo que debería preguntar a los criados, que le conocían muy bien. Ellos le dirán algo.

—Ya lo he hecho —gruñó Evans—. Sí, es verdad… Aunque resulte extraño en un hombre con tanta experiencia, las tormentas le sacaban de quicio.

Y añadió, con voz inexpresiva:

—Ponga lo que antes ha dicho: «Parada cardíaca.» Y demos el asunto por resuelto de una vez, ¿no? Lo de la criada que se suicidó y lo de ese hombre han sido puras casualidades. Vamos a olvidarlas.

Y se dirigió al coche patrulla que le estaba esperando a poca distancia, bajo la tarde gris.

Un momento después, runruneaba el motor y el coche se perdía entre los árboles que formaban una espesura compacta, dando a aquello un aire más siniestro aún. En las profundidades del cielo, allá en la lejanía, volvió a verse la lividez de un relámpago.

Capítulo VI

La muchacha paseaba silenciosamente, con un libro bajo el brazo, por los grandes jardines que rodeaban Shirley Manor. Aunque la tarde amenazaba lluvia, la tormenta no había descargado y se mantenía lejana, con un incierto rumor de truenos más allá del horizonte. Junto a Sally iba Marta, que no la abandonaba nunca, como en los días en que tenía que servirle de lazarillo porque Sally era una ciega.

Loman se acercó por el otro lado del parque. Aunque quería estar animado, conservaba en sus facciones un cierto color gris que lo hacía parecer un viejo, y lo peor era que él se daba cuenta de eso.

Sally le sonrió. Se había establecido entre los dos una corriente de simpatía y hasta de intimidad desde que Loman la conoció en la escuela de ciegos de Chelsea, convirtiéndose en su única defensa cada vez que Sally salía al exterior. Ahora la muchacha le tendió la mano y le dijo sin rodeos que tenía un aspecto lamentable.

—Parece que la muerte de tío Reginald te ha afectado mucho —dijo—. Da la sensación de que estás incluso más asustado que yo.

Loman no contestó en el primer instante. ¿Qué iba a decir? ¿Que todo aquello le parecía en el fondo obra del diablo? Hasta la misma Sally se hubiese reído de él. Se encogió de hombros y tomó asiento junto a la muchacha en uno de los bancos del parque. Marta permaneció junto a ellos, tan silenciosa como una sombra.

Sally se llevó un momento las manos a la cara. Luego, con la mirada pérdida, musitó:

—He hablado en broma, Loman. La verdad es que yo estoy asustada, muy asustada. Lo de tío Reginald me ha afectado de tal modo que me siento incapaz de permanecer por más tiempo aquí. Y, sin embargo, sé que yo no corro peligro.

—¿Por qué lo sabes?

—Yo no voy a morir —dijo ella, con la mirada perdida.

—Todos hemos de morir —objetó él, suavemente.

—Lo sé, pero lo que quiero decir es que no corro el peligro de acabar violentamente, como esa pobre sirvienta llamada Sigrid, o como tío Reginald. Este es realmente el único sitio donde me siento protegida.

—¿Cómo estás tan segura?

—Sencillamente, lo sé.

Loman inclinó la cabeza un poco, mirándola fijamente.

—Tú sabes muchas cosas, Sally —dijo.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que la bandera en el torreón significaba muerte. El pobre Reginald dijo que la habían colocado para darte la bienvenida, lo cual es perfectamente natural. Y sin embargo, fue cierto que alguien murió. ¿Cómo lo sabías?

—Es una vieja tradición de la familia —musitó ella, con voz apagada—. La bandera en el torreón significa boda o entierro. Simplemente, eso. ¿Por qué no había de adivinarlo?

—Pero ¿te das cuenta de que las cosas sucedieron de una forma que parece diabólica?

Elia no contestó, quizá porque no se atrevía. Se inclinó y sus dedos juguetearon nerviosamente con unas briznas de hierba.

Loman insistió:

—¿Y lo de las flores de lis? ¿Cómo sabías lo de las flores de lis?

—También es una negra tradición de la familia. Ese dibujo especial de las tres flores significa muerte.

—Pero ¿por qué aparecieron en el pañuelo de Reginald? El me dijo que lo había sacado del sitio de costumbre, donde tiene todos los pañuelos, y, en efecto, yo los he revisado luego y no he visto ninguno que tuviese bordado nada. ¿Por qué apareció aquél en su bolsillo? ¿Te das cuenta de que parece obra del diablo?

Sally no contestó tampoco, y entonces se dio cuenta Loman de lo extraño y espectral que era aquel silencio. Pero era más extraño y espectral aún por parte de Marta, que parecía no existir. La niña permanecía quieta y muda, con la mirada ausente, como si no perteneciera a esta tierra.

Había algo en ella que resultaba desazonador, inquietante, pero no se podía precisar qué era.

En vista de que Sally no le contestaba, Loman preguntó:

—¿Qué gente vive aquí? ¿Cuántos sois ahora en la familia?

—Ante todo, mi hermana Nat —dijo Sally.

—¿Qué edad tiene?

—Diecinueve años.

—¿Las dos sois herederas?

Sally preguntó rápidamente, con suspicacia:

—¿Qué tiene eso que ver?

—Probablemente nada. Es sólo un detalle como otro cualquiera.

—Sí, las dos somos herederas a partes iguales.

—¿Y qué pasará si una de las dos muere?

—Su parte irá a manos de la otra, que por consiguiente se transformará en la heredera total —dijo aburridamente Sally, para quien todo aquel asunto no parecía tener el menor interés.

Loman siguió preguntando:

—¿Qué otras personas pueden estar interesadas en esa herencia?

—¿No es ésa una cuestión de mal gusto, Loman? —retrucó ella.

—Sólo estoy intentando conocer algunas cosas de tu familia. En realidad, puede decirse que no sé nada.

—En fin… Estaba tío Reginald. Está Mónica, su mujer, que vive en Londres. Hace años que se separaron de hecho, aunque oficialmente siguen siendo matrimonio.

—¿Quién más?

Sally hizo un gesto de resignación. Estaba claro que no le gustaba hablar de aquel tema, pero siguió diciendo:

—También están mis primas Lorena y Silvia, que a veces pasan temporadas aquí. Está mi primo Jonathan, campeón de tenis. Y está Elmer, mi hermano adoptivo, del que papá se hizo cargo cuando tenía cuatro años. Él tiene los mismos derechos hereditarios que Nat y yo, o sea, que antes no me he acabado de expresar bien. Somos tres a repartir la herencia.

—¿Y cuántos de ésos viven aquí?

—Pasaban temporadas en la casa, pero vivir realmente sólo vivía tío Reginald. Ahora vendrán todos para el entierro y permanecerán cerca de una semana en Shirley Manor. La tradición de las viejas familias de Inglaterra obliga a ello cuando hay una ceremonia de esa clase.

Fue entonces cuando la muchacha cerró los ojos un momento. Fue entonces cuando dijo, con voz velada:

—No me gusta que estén aquí.

—¿Por qué?

—Porque habrá más muertes.

La voz había salido ronca, profunda, como si brotara de lo más oculto de las entrañas de la muchacha. Esta se había puesto en pie y paseaba lentamente por el sendero, con los hombros levemente hundidos, como si no pudiera soportar el peso de sus propios pensamientos. Dos cosas había allí que Loman tuvo la sensación de que recordaría siempre: aquella actitud hundida de Silvia y el, silencio casi espectral de Marta. Porque la diminuta Marta seguía pareciéndole un ser del más allá, un extraño habitante de algún lejano planeta. No despegaba los labios, no parecía enterarse de nada.

Todo esto era absurdo.

Pero Loman no podía evitar que los pensamientos le atormentaran una y otra vez, como una serie de pesadillas que se iban sustituyendo lentamente. Cuando una desaparecía, comenzaba la otra.

El detective hubo de hacer un esfuerzo para preguntar:

—¿Por qué dices que habrá más muertes?

—Porque lo sé.

—¡Dios santo! ¿Y por qué lo sabes?

Ella no contestó. Volvió a sentarse y, de pronto, pareció sobrecogida por sus propios pensamientos, por su propio horror. Las manos ya no acariciaban ahora la hierba, sino que la arrancaban del suelo angustiosamente.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó Loman, con voz tensa—. ¡En nombre de los infiernos! ¿Qué es lo que sabes?

—Sólo que esto va a continuar —dijo Sally, con voz lejana.

—Y según tú, ¿quién va a ser la próxima víctima?

—De eso no puedo estar segura

—Pero algo estarás adivinando, Sally… De algo te darás cuenta… ¿Qué es? ¿Qué piensas ahora?

—Sólo que hay otra persona marcada por la muerte.

—¿Quién?

—No puedo precisarlo.

En otras circunstancias, Loman no se hubiera tomado en serio aquellas palabras, pero ahora no le quedaba más remedio que hacerlo. ¡Y tan en serio que tenía que tomarlas! Por eso preguntó:

—Sin embargo, debe haber algún síntoma que identifique a esa persona, ¿verdad? ¿Cuál es, según tú? *¿Cuál es?*

—Una cosa muy sencilla —dijo ella, cubriéndose los ojos—. No sé… Lo tengo en la mente como un recuerdo que haya vivido otra persona, no yo. Se trata de alguien que llevará sobre el pecho la cruz de los Templarios., Loman estuvo a punto de lanzar una carcajada.

Bueno, aquello ya era demasiado.

Con voz indiferente, porque de pronto había dejado de tomarse aquello en serio, dijo:

—¿Tú sabes que la Orden del Temple fue disuelta hace muchos años? ¿Ya no te acuerdas de que de ella sólo existen algunos vestigios y algunos viejos monasterios?

—Los antepasados de esta familia defendieron esa Orden en otros tiempos — dijo Sally, con voz ahogada—. Incluso hubo algunos que fueron a Jerusalén con los Templarios y lucharon valientemente en las Cruzadas. Si te molestas en mirar los cuadros que hay en los pasillos de esta casa, encontrarás bastantes ejemplos de eso. La historia de la Orden del Temple ha estado siempre muy ligada a la historia de los Shirley.

—Ya he visto esos cuadros —dijo Loman—. Son vetustos personajes llenos de corazas y yelmos, algunos de los cuales llevan efectivamente la cruz de los Templarios. Pero eso fue hace ocho o nueve siglos, Sally. Ahora ya nadie viste así y nadie lleva esas cruces. Incluso te diría que nadie se acuerda de ellas.

—Lo sé —susurró la muchacha—. Sin embargo, es algo que yo tengo en la mente, algo que no puedo arrancar de mis pensamientos.

—Entonces es una especie de pesadilla…

—No. Es algo más que una pesadilla. Es una maldición.

Loman notó un sabor amargo en la boca. Aquellas palabras penetraron hasta el fondo de sus sentidos y sus nervios, como una cuchillada. De pronto, mientras volvía la cabeza hacia otro lado, dijo bruscamente:

—Intentaré ocuparme de los detalles del entierro de Reginald. Supongo que tú no tendrás ánimo para eso.

—No, no lo voy a tener.

—¿Han venido ya todos los familiares?

—Van viniendo.

—Me pondré en contacto con ellos —decidió Loman—. Alguien tiene que recibirlos y atenderlos mientras estén aquí.

Y se puso en pie, alejándose de Sally y de Marta. No sabía por qué, pero aquella niña de la mirada perdida le impresionaba y le daba miedo. En aquellos ojos tan quietos parecía haber una extraña maldición.

Era la primera vez que le pasaba una cosa tan absurda.

Era la primera vez que tenía miedo de una niña.

Fue hacia la puerta principal de la casa y, de pronto, vio aquel «Jaguar» detenerse ante ella. Era un coche ya antiguo y que quizá tenía doce años, pero un «Jaguar» nunca pasa de moda. Tenía la misma prestancia que el día que salió de la fábrica, pues además estaba magníficamente cuidado.

Un hombre joven salió de él. Iba vestido con esa elegancia un poco triste de los altos empleados de la City, lo que le avejentaba prematuramente. También tenía un principio de calva y daba una cierta sensación de hombre que se pasa la vida entre legajos y papeles aburridos, lo cual le debía dar a veces unas tremendas ganas de morirse. No basta poder llevar un «Jaguar» para sentirse dichoso. Suele ser mejor una bicicleta con una tía buena sentada en el manillar.

Aquel hombre vio acercarse a Loman y le tendió la mano.

—Buenos días —dijo—. Soy Elmer, el hermano adoptivo de Sally. He venido enseguida desde Londres al enterarme de la muerte del pobre tío Reginald, Supongo que usted es de la casa.

—En cierto modo lo soy —dijo Loman—, He estado últimamente al cuidado de Sally, mientras ella vivía en la escuela de Chelsea.

—Ah… Entonces usted es el detective privado al cual contrató la familia… ¿Cómo se llama? Ah, sí, ya recuerdo… Se llama Loman, Está bien, Loman, siento mucho conocerle en estas circunstancias, de verdad que lo siento… Me han dicho que tío Reginald murió en unas

condiciones increíbles, pero supongo que la policía no habrá averiguado nada todavía. ¿O quizá sí?

En sus ojos un poco miopes brillaba la esperanza, como si pensase que Loman le iba a dar alguna buena noticia. Pero el joven negó con la cabeza, mientras susurraba: —No, la policía no ha averiguado nada.

—¿Y usted?

—Me temo que tampoco.

—Confío en que esto no quede así, ¿sabe? Es… es algo terrible. No sé cómo explicarme, pero parece como si encima de la familia hubiera caído de pronto una maldición. Oiga…

De pronto, dejó de hablar. Estaba clavando sus ojos asombrados en Loman. Y no era para menos porque los ojos de Loman se habían desencajado también. Los acababa de fijar como un obsesionado en la corbata de Elmer.

Este musitó:

—Sí, ya comprendo que debo cambiármela para ir al funeral. Pero no se preocupe porque yo estoy al tanto de todo. Ya llevo en el maletín una corbata negra.

—No, no eso no —balbució Loman.

—Pues, entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué me mira de ese modo?

El detective no contestó. No hubiera podido

Sus ojos estaban clavados en la corbata que llevaba aquel hombre.

Era una corbata de suave color gris perla. Y en ella estaba reproducida más de una docena de veces la cruz de los Templarios.

Capítulo VII

Elmer reaccionó al cabo de unos instantes, al darse cuenta de la contemplación tan rara de que era objeto.

—¡Eh! —preguntó—. ¿Qué le pasa? No hay para tanto, ¿verdad? ¿Qué tiene de particular mi corbata?

—¿Dónde la ha comprado? —dijo el detective—. ¿O quizá la tenía ya?

—Bueno, la cruz de los Templarios figura en el escudo de nuestra familia. No sé si sabe que nuestros antepasados lucharon con ellos.

—Sí, pero ésa no es una corbata de las que normalmente se venden en cualquier camisería. ¿De dónde la ha sacado?

—Me la acaban de regalar.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

Elmer estuvo a punto de contestar con aspereza, porque le irritaban aquellas preguntas acerca de su vida personal, pero era un hombre educado y susurró al fin:

—A lo largo del año recibo muchas atenciones de clientes y amigos, o simplemente de otros miembros del club al que pertenezco. También a veces me regalan cosas los compañeros del Partido Conservador, en el que milito. Son cosas sin demasiada importancia, como por ejemplo una corbata, un libro de éxito, un encendedor con un emblema… Por lo general, con el obsequio me envían una tarjeta, pero no siempre las miro. Y en este caso no sé si llegó una tarjeta o si no llegó. En una caja muy bien presentada había tres corbatas iguales a ésta.

—¿Y por qué se la ha puesto precisamente hoy?

—Me pareció la más adecuada para visitar la vieja casa de mis antepasados. ¿Algo que oponer?

—No, nada —dijo Loman, mordiéndose el labio inferior—. Perdone… Bien venido a Shirley Manor, señor Elmer.

Y se alejó porque ya llegaba uno de los sirvientes para ayudar al recién venido a descargar el equipaje.

Intentó serenarse, pero de sus ojos no había desaparecido aquella lucecita de horror. Ni había desaparecido tampoco aquella sensación de hielo que le iba recorriendo las venas poco a poco.

No podía negarlo.

Tenía miedo.

Lo que le rodeaba era como una brujería, como una maldición. Y él no creía en las brujerías ni en las maldiciones, pero ahora todo concordaba. Todo estaba ligado en una especie de ensamblaje siniestro.

Hubo de cerrar los ojos.

Había momentos en que la parecía haber abandonado la vida para andar por un túnel que ya formaba parte de la muerte.

Cuando se metió en las siniestras salas de Shirley Manor (demasiado grandes y demasiado frías, unas habitaciones donde se había detenido el tiempo) aún le dominaba aquella sensación de horror que no lograba quitarse de encima. Porque ahora los pensamientos se iban concretando, ahora todo cobraba una siniestra forma.

Lo que le habían dicho de Elmer concordaba con la realidad.

Y según lo que le habían dicho… ¡Elmer tenía que morir!

Fue a la biblioteca, donde había un mueble bar con botellas de categoría, y saltándose todas las normas se sirvió un whisky doble. Después de beberlo, tenía el estómago abrasado, pero se sentía con más fuerzas.

Y el pensamiento seguía martilleándole, sin embargo. Era como una voz lenta que iba y venía: «Elmer va a morir»… «Elmer va a morir»… «¡Elmer va a morir!»

Y no era que la muerte de aquel hombre le importase demasiado, puesto que lo había visto por primera vez unos minutos antes, pero en cambio le helaba la sangre el hecho de que la maldición se cumpliese. Había cosas que, según la lógica, no podían suceder… ¡pero allí estaban sucediendo!

Dejó la biblioteca y dio una vuelta por la enorme residencia, estudiando los diversos puntos en que se podía cometer un crimen. La verdad fue que no encontró nada sospechoso ni anormal, pero eso no significaba gran cosa. La amenaza que se cernía sobre sus cabezas no estaba en la lógica, no estaba en el mundo, sino que flotaba sobre sus cabezas y parecía llegar del aire.

Volvió al vestíbulo principal. Había allí una serie de coronas con crespones negros y un libro de firmas para testimoniar el pésame. Una serie de personas llegadas de las cercanías desfilaban por allí. Firmaban, echaban una recelosa mirada en torno suyo y se largaban cuanto antes, como si adivinaran que en aquel lugar iban a ocurrir cosas aún peores que las que ya habían ocurrido.

Vio a uno de los sirvientes.

—¿Qué habitación le han asignado al señor Elmer? —preguntó.

—La del ala oeste, en el primer piso. Es una de las más distinguidas

y cómodas de la casa, señor.

—¿Cuántas puertas tiene?

—¿Por qué, señor?

—Por nada especial, pero le ruego que me conteste: ¿cuántas puertas tiene?

—Dos solamente. Una da al pasillo y la otra a un cuarto de baño privado. La puerta exterior tiene una cerradura muy moderna y sólida que hemos puesto hace poco, si es eso lo que quiere decir. El señor Elmer no corre allí ningún peligro, ¿entiende? Absolutamente ningún peligro.

Loman dijo confusamente:

—Sí. Comprendo.

Casi se avergonzaba de haber preguntado aquello. Pero la obsesión no le abandonaba y hasta le hacía sentir una especie de vértigo.

Volvió a la biblioteca y miró un plano detallado de la casa, numerando las habitaciones donde estaba cada uno de los habitantes, para recordar las garantías de seguridad que cada una de aquellas habitaciones ofrecía. Al fin llegó a la conclusión de que allí no iba a ocurrir nada.

Pero sabía que las cosas ocurrían allí contra toda lógica, contra toda razón.

Sigrid se había lanzado desde un torreón. ¿Por qué? La única respuesta era ésta: «Parece como si la hubiera empujado un fantasma.»

Reginald había muerto en una habitación completamente cerrada. ¿Por qué? La respuesta también era ésta: «Parece como si lo hubiera matado un fantasma.» Loman se llevó un momento las manos a los ojos.

¡Maldita sea!

El, un pobre detective privado, no tenía motivo para quedarse allí. Que se las apañaran los hombres de la policía oficial. Se largaría de Shirley Manor y trataría de olvidarse de todo, si eso era posible.

Pero antes decidió ir a ver a Elmer.

Quería pedirle que tuviera cuidado. Quizá el otro se reiría de él y le acusaría de visionario, pero Loman sabía ya que algunas de esas visiones eran desgraciadamente ciertas.

Golpeó con los nudillos en la puerta de la habitación de Elmer.

Y sólo obtuvo el silencio por respuesta, como si allí se hubiera volatilizado todo el mundo, como si a Elmer se lo hubiese tragado el aire.

No le contestó nadie.

Capítulo VIII

Unos minutos antes, Elmer se había desprendido de sus ropas demasiado cómodas, que le habían servido para el viaje, y se dispuso a cambiarlas per otras más solemnes y antipáticas, que pensaba emplear para el entierro. Abrió las maletas y eligió un terno muy oscuro, perfectamente respetable, una camisa blanca, unos zapatos de charol y una corbata negra completamente nueva.

La que llevaba la cruz de los Templarios la dejó en uno de los departamentos del armario. Luego terminó de desnudarse, se acordó de que no había cerrado la habitación con llave y lo hizo, para que no entrase nadie y le sorprendiera así, tal como su madre lo echó al mundo. Ya más tranquilizado en este aspecto, hizo algo que hacía en los hoteles y otros sitios desconocidos donde dormía: miró debajo de las camas y en el interior de los armarios. No quería tener sorpresas.

Elmer era bastante más miedoso de lo que la gente pensaba, pero la verdad fue que allí se sintió perfectamente tranquilo. No había nadie.

Encendió un cigarrillo e hizo la misma inspección en el cuarto de baño mientras lo fumaba. El cuarto de baño era nuevo y perfecto; lo habían puesto a punto durante la última reparación de la casa. Tampoco allí había nadie.

Perfecto.

Elmer colocó sus objetos de higiene personal en el armario blanco del cuarto de baño, volvió al dormitorio y dejó el cigarrillo en un cenicero porque no le apetecía seguir fumando. Luego terminó de colgar sus prendas y al fin regresó al cuarto de baño dispuesto a darse una ducha.

No encontró nada cambiado.

Pero ahora la muerte ya estaba allí. Le esperaba.

Sólo que él no lo sabía.

* * *

Loman volvió a golpear con los nudillos mientras hacía un gesto de extrañeza. Luego descendió a la planta baja y preguntó a otro de los criados si había visto al señor Elmer. La respuesta fue que éste se encontraba en su habitación.

El detective volvió a subir.

Una leve palidez empezó a cubrir sus facciones. No era lógico que

Elmer se hubiese dormido.

Entonces, ¿qué pasaba?

Aquella palidez se había convertido en unas frías gotitas de sudor cuando llamó otra vez a la puerta y siguió sin contestarle nadie. Por uno de los teléfonos interiores llamó entonces al inspector Evans, sabiendo que estaba en la casa.

Evans vino muy poco después. Le miró con suspicacia.

—¿Qué pasa, pesquisa? —preguntó—. ¿Le han robado la cartera?

—Esto no son bromas —gruñó el joven—. Tengo la maldita sensación de que algo le ha podido ocurrir a Elmer.

—¿A él precisamente? ¿Y por qué?

—No está en su habitación.

—Bueno… Puede estar en cualquier otra parte.

—Tampoco está en cualquier otra parte.

—¿Ha llamado?

—¡Maldita sea! ¡Claro que sí! ¿Piensa que, de lo contrario, pediría permiso para entrar ahí por la fuerza?

—¿Es que pretende que yo vulnere la ley entrando en una habitación privada?

¿A qué viene eso?

—¡Por favor! ¡Hágalo o lo haré yo! ¡Aprisa!

Evans se encogió de hombros.

—De acuerdo, hágalo usted —gruñó— Yo no quiero responsabilidades ni me he enterado de nada, ¿entendido? Absolutamente de nada.

—Muy bien. Me basta con que diga luego que la puerta estaba abierta si hay una investigación.

Y empleó una llave falsa, pero tuvo que trabajar bastante, pese a toda su habilidad, porque efectivamente la cerradura era de las mejores que había visto en su vida. Y una cosa quedó, además, perfectamente clara para él: nadie más había intentado forzarla antes. Por lo tanto, nadie había podido entrar en la habitación.

Por fin, Loman oyó un «chask».

Las gotitas de sudor ya corrían por sus mejillas. No podía evitar que esta vez estuvieran sus nervios a punto de saltar.

Quizá era absurdo, pero él estaba captando allí la presencia de la muerte.

—Nadie ha entrado aquí —masculló Evans—. Mire, la llave aún está en la cerradura. Esa habitación había sido cerrada por dentro.

Y fue directamente hacia las ventanas.

También estaban aseguradas a la perfección.

Entonces, ¿quién infiernos podía haber matado a Elmer? Pero ante

todo: ¿dónde estaba Elmer?

Los dos hombres pasearon su mirada por la habitación vacía. Allí estaba el equipaje, allí estaban una serie de objetos personales, pero Elmer no aparecía. Fue Loman el que giró sobre sus talones y se dirigió al cuarto de baño.

Una vez allí quedó petrificado.

Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Porque Elmer estaba allí.

Sin nada encima.

Con el cuerpo empapado de agua tras salir de la ducha.

Y las facciones desencajadas. Los ojos que se le salían de las órbitas. Las manos crispadas en el aire.

No habían pasado ni cinco minutos desde que recibió la amable, la dulce visita de la muerte.

Capítulo IX

El forense salió de aquella especie de sala medieval donde estaba instalado el depósito de cadáveres y meneó la cabeza pensativamente. Lo mismo Evans que Loman le siguieron a cierta distancia, mientras sentían que aquel ambiente opresivo se les metía en el cerebro como una obsesión. La niebla había cerrado sobre la comarca y no se veía apenas a diez pasos, como si se hubieran metido todos dentro de un sudario.

Loman musitó:

—¿Qué piensa, doc?

—No lo sé; la verdad es que no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Tendrían que haber hecho venir algún especialista de Londres, a alguien que supiera más que yo. Verdaderamente yo no soy lo que se dice un forense; hago autopsias cuando me lo ordena el juez, pero eso no es lo mío.

—De todos modos, habrá llegado a alguna conclusión.

—Claro que sí. En el caso de que yo no estuviera en antecedentes de nada, diría que ese hombre murió a causa de una parada cardíaca.

—¿Simplemente eso?

—Sí.

—Pero usted sabe que no había razón para que ocurriera. Era un hombre sano, fuerte, todavía joven…

—La juventud y la fortaleza nada tienen que ver —murmuró el médico—. Hay personas que tienen un aspecto estupendo y que de pronto sufren un infarto. Supongo que eso fue lo que le ocurrió a Elmer, aunque también…

—¿También qué?

—También pudo morir de miedo.

La frase quedó flotando en el aire y penetró en los cerebros de los dos hombres como un cuchillo envenenado. ¿Morir de miedo? Pero ¿por qué? ¿Qué era lo que había asustado a Elmer si en la habitación no había nadie?

Eran aquellas palabras las que seguían flotando en el cerebro de Loman como una obsesión cuando volvió a Shirley Manor. Atravesó las capas de niebla, rodeó las viejas construcciones que dormían un sueño de siglos y penetró como una sombra en aquellas habitaciones donde acechaba la muerte. No podía olvidar las palabras del médico, aquellas palabras a las que no encontraba ningún sentido. Morir de

miedo… pero ¿por qué razón?

Regresó al cuarto donde habían encontrado el cadáver de Elmer.

Todo estaba sumido en penumbra y la niebla parecía amenazar más allá de las ventanas abiertas. Sus volutas habían entrado ya en la habitación, y parte de ésta estaba invadida por una masa esponjosa y gris. Los expertos en huellas se movían allí como fantasmas, oscura y silenciosamente.

Uno de ellos miró a Loman. Y aunque sabía que éste era un detective privado y no tenía allí ningún cargo oficial, le dijo con un gesto escéptico:

—Nada.

—¿Qué quiere decir? ¿Que no estaba nadie con Elmer en la habitación cuando él murió?

—Bueno… Ustedes ya sabían que no había nadie, porque la puerta estaba cerrada, pero ahora podemos confirmárselo. No existe la menor huella. Nadie forzó nada ni movió un solo mueble. Elmer murió al salir de la ducha, pero lo curioso es que en el cuarto de baño no había nadie. Por lo tanto, nadie lo mató.

El otro experto musitó:

—Esto no tiene sentido. Es cosa de brujas.

—El médico insinúa que ha sido una parada cardíaca —dijo Loman, sin demasiada convicción—. Pero la verdad es que él no es un forense experto. Dice que para esas cosas tan raras habría que traer un especialista de Londres.

—¿Una parada cardíaca? ¿Por qué razón? Claro que cualquiera está expuesto a padecer un infarto, pero Elmer no parecía el tipo.

Loman se puso un «Navy» entre los labios con movimientos lentos, como si hasta el peso del cigarrillo le cansase.

—También ha dicho que pudo morir de miedo —susurró.

Y tuvo un estremecimiento. El frío que era arrastrado por la niebla pareció llegarle hasta los huesos. Miró como un autómata aquella habitación, hacia la habitación en la que sólo pudo entrar alguien para causar aquella muerte: el propio diablo.

Uno de los expertos en huellas musitó:

—Puede haber aquí algún objeto espantoso.

—¿Objeto espantoso? —murmuró Loman, apretando los dientes—. ¿Cuál?

—¿Y yo qué sé? Una imagen, un cuadro… Cualquier cosa puede dar miedo a una persona sensible. Repito… ¿yo qué sé?

Loman volvió a entrar en el cuarto de baño y lo miró por centésima vez. No, nada de objetos espantosos. Sólo esas cosas blancas y asépticas que uno ve cada mañana y que no dan miedo a nadie. En el suelo, dibujado con tiza, estaba la silueta de Elmer al caer, y el

detective se dio cuenta de que había caído frente al toallero, pero un toallero no da miedo a nadie. Por otra parte, allí había una pared de mosaicos en la que era imposible que apareciese ninguna imagen siniestra.

Todo le parecía más inexplicable cada vez.

El joven palpó el toallero, ahora que podía hacerlo porque los expertos en huellas habían terminado su trabajo. Comprobó que no había en él ningún reborde peligroso y que era de un modelo normal y sólido, enteramente metálico. Pensar que aquel toallero pudo tener algo que ver con la muerte de Elmer era pura fantasía, puro delirio.

Por lo tanto, se encontraba ante algo que no tenía explicación, ante una huella satánica.

Uno de los expertos en huellas se acercó silenciosamente a él.

También se movía como un fantasma.

—¿Qué? Ninguna visión espantosa, ¿verdad? —susurró.

—Ninguna.

—Por lo tanto, ya lo sabe: todo eso son mandangas. El pájaro murió de un ataque cardíaco y en paz. Eso le puede ocurrir a cualquiera.

—¿Y Reginald, ese hombre cuyo cadáver aún hay que enterrar? ¿También murió de un ataque cardíaco?

—Eso es algo que debe resolver el inspector Evans, amigo. Lo único que nosotros podemos decir es que ni en aquella habitación ni en ésta llegó a entrar nadie.

Hizo un breve saludo y se largó. Loman quedó un largo rato quieto allí, con la sensación de que no podía moverse porque la sangre se le había helado en las venas.

Luego salió de la habitación mientras pensaba que tendrían que encargar un informe más completo de las autopsias de Reginald y de Elmer, puesto que no las había realizado un verdadero experto. Depositó en un cenicero el cigarrillo a medio consumir y fue al pasillo.

Allí no había nada que ver, ni por supuesto nada que explicase aquellas muertes, pero se dio cuenta de que en una de las paredes había un desconchado. Aquel desconchado correspondía por el otro lado a la pared del cuarto de baño en la que estaba el toallero. Es decir, Elmer había muerto casi enfrente de aquel sitio, pero al otro lado de la pared.

Loman se arrodilló para ver si el desconchado permitía ver algo del cuarto de baño, y no vio nada. Entonces pidió a uno de los expertos en huellas, que aún cerraba su maletín en la sala contigua:

—¿Quiere ir al cuarto de baño? Dentro de un minuto exacto, yo pronunciaré algunas palabras frente a este desconchado de la pared. Dígame si usted las oye.

—De acuerdo: ¿va a hablar a gritos?

—No. En una voz normal, porque el causante de esa muerte, si es que existe, no podía arriesgarse a pegar gritos que hubieran oído desde todas partes.

—Está bien, pero ¿qué puñeta quiere comprobar?

—Si alguien pudo amenazar a Elmer desde fuera, causándole tal horror que le produjo la muerte.

—¡Qué tontería! ¿Cómo le puede matar a uno una voz?

—No lo sé, pero vamos a probarlo.

El experto en huellas fue al otro lado, y al cabo de un minuto, Loman pronunció unas palabras en voz perfectamente clara. Estuvo hablando durante unos diez segundos. Como el otro no regresaba, fue él quien se dirigió al cuarto de baño.

Encontró al experto pegado a la pared. Tenía una expresión de profundo aburrimiento.

—¿Qué? —le preguntó—. ¿Ya ha terminado de hablar?

—¿Es que no se ha enterado de cuándo hablaba y de cuándo no? —musitó Loman, arqueando las cejas—. ¿No ha oído nada?

—Ni jota.

—Diablos…

—¿Sabe qué significa eso, pesquisa? Que a Elmer no le pudieron amenazar desde fuera. Nada, ni hablar. Lo que ocurrió, ocurrió aquí dentro.

Loman cada vez se sentía más confuso. Había llegado al muro que no podía atravesar, al muro de lo inexplicable.

Salió de nuevo y estuvo largo rato mirando en aquel silencio aquel desconchado, aunque daba por supuesto que nada iba a averiguar allí.

Oyó entonces aquella voz:

—¿Asustado, Loman?

Era una voz suave, tranquila, sin matices, la voz de una señorita bien educada que sabe que siempre hay que hablar en el mismo tono.

El detective se volvió y esbozó apenas una sonrisa. La que le estaba hablando era Nat, la hermana de Sally. A sus diecinueve años, Nat era una muchacha bonita, dulce, distinguida, que vestía con esa sobria elegancia de las buenas familias inglesas. Le habían enseñado a moverse como una sombra, sin molestar, y por eso había aparecido allí con la suavidad de un fantasma.

—¿Qué es lo que está mirando? —preguntó.

—Nada. Simplemente estoy revisando cualquier detalle, por absurdo que parezca.

—Pero usted no tiene por qué encargarse de la investigación, Loman. El que lleva todo esto es el inspector Evans, mientras que

usted es simplemente el que protegió a mí hermana, mientras ella estaba en la escuela de ciegos de Chelsea, y el que la ha acompañado después de la operación en que recobró la vista, para que se acostumbrara de nuevo al mundo exterior. ¿Por qué se preocupa, si al fin y al cabo no es su trabajo?

El suspiró con desaliento mientras caminaba hacia la sala contigua, donde había estado antes el experto en huellas cerrando su maletín. Nat le siguió y se sentó frente a él con un cierto descuido, no de la manera que lo hubiese hecho una auténtica señorita. En fin, que le enseñó unas cuantas cosas de\ interesante panorama que llevaba debajo de la falda.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —preguntó.

—No, gracias, no sería capaz de tragar nada ahora.

—Yo tampoco, se lo confieso.

—¿Por qué?

—*Tengo miedo.*

Otra vez aquellas palabras parecieron enroscarse en el aire y adquirir consistencia en él, como una amenaza. La niebla se había hecho tan espesa que el aire exterior parecía sólido. Seguro que en el inmenso jardín, pese a estar en pleno día, no se podía ver nada a media docena de pasos.

—¿De qué tiene miedo? —susurró Loman.

—Antes conteste a la pregunta que le he hecho —pidió Nat—. ¿Por qué investiga si esto no es de su incumbencia?

—Me siento ligado a Sally, ya que hasta hace muy poco estaba, bajo mi protección. Temo por ella.

—¿Qué cree que le va a pasar?

—No lo sé. ¿Y usted? ¿De qué tiene miedo?

Nat sonrió de una forma imprecisa, hostil, como si se avergonzara de sí misma.

—Usted, Loman, no lo puede imaginar —bisbiseó.

—Después de lo que ha ocurrido, ya puedo imaginar cualquier cosa. Por eso me parece que más vale que sea franca conmigo, Nat. ¿De qué tiene miedo?

Ella cerró los ojos un momento.

Y contestó con una voz que no parecía la suya:

—De una niña…

Capítulo X

De todas las cosas increíbles que Loman había oído o visto desde que puso los pies en Shirley Manor, aquélla fue la que más le impresionó. Notó una leve sacudida en las mandíbulas y miró a Nat sin acabar de entenderla, como si por un momento temiese que ella se hubiera vuelto loca.

—¿Una niña? —balbució—. *¿Quién?*

—Usted lo sabe perfectamente, Loman. No sé por qué me lo pregunta, si en el fondo piensa lo mismo. Estoy hablando de Marta.

—No diga estupideces, Nat. Marta sólo tiene diez años.

—¿Y qué? El diablo no tiene edad.

Loman echó ahora bruscamente la cabeza hacia atrás, como si acabara de recibir una bofetada en pleno rostro.

—¿Qué ha dicho? —musitó.

—Bueno… —La chica se mordió el labio inferior—. Comprendo que la palabra «diablo» no debí pronunciarla. He querido decir el «Mal», con mayúscula.

—Una niña de diez años no sabe lo que es el Mal, ni con mayúscula ni con minúscula —dijo secamente Loman—. Me parece que después de lo que ha sucedido estamos desvariando los dos.

—Claro que no. Marta no lo sabe, pero ha traído la maldición a esta casa. Usted también podría ser portador de gérmenes de la peste y no saberlo. Usted podría sembrar la muerte en una ciudad y no haberse enterado antes.

—¿Qué quiere decir eso de que ella ha traído la mala suerte?

Nat movió la cabeza con un gesto pesimista, mientras susurraba:

—En primer lugar, ¿de dónde vino esa niña?

—La abandonaron ante la escuela de ciegos de Chelsea.

—¿Quién?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Ese es el primer misterio —dijo la muchacha, con un hilo de voz.

—No veo el misterio por ninguna parte. Ahora las costumbres han cambiado, gracias a Dios, pero aun así, docenas de niñas son abandonadas en Inglaterra al cabo del año. Marta fue una de ellas. ¿Por qué dar a las cosas un significado que no tienen?

—Bien, pero Sally se encariñó con ella.

—¿Y qué? Sally es una mujer muy cariñosa. Necesita afecto y aún lo necesitaba más cuando estaba ciega y metida en una habitación

todo el día. No veo nada de raro en que, por decirlo así, criara a Marta.

—No lo entiende porque no conoce la verdad, Loman —susurró ella.

—¿La verdad? ¿Qué verdad?

—Venga.

—¿Adónde?

—*Venga…*

La chica se levantó, dejando de mostrarle generosamente sus piernas, y fue hacia una de las puertas. Loman no entendía nada de lo que pasaba, pero la siguió como un autómata.

Descendieron por las más viejas escaleras de Shirley Manor, unas escaleras que parecían no haber sido reparadas desde la Edad Media, y llegaron a una habitación del semisótano, una gran sala gótica en cuyas estanterías de roble se alineaban una serie de volúmenes encuadernados en pergamino. Eran volúmenes escritos a mano, y no hacía falta ser un experto para darse cuenta de que tenían un valor extraordinario. Por la analogía de los escudos que ostentaban en el lomo, se notaba que eran la historia de la familia Shirley.

Loman contó cinco, todos ellos del mismo grosor, pero sólo uno llamaba la atención de Nat, que lo tomó con manos trémulas.

—Acérquese —pidió.

Había una mesa de roble en el centro de aquella nave gótica, sobre la cual derramaba su luz una lámpara. Esta era antigua, pero tenía una moderna y luminosa bombilla de cien vatios.

—¿Qué son esos libros? —musitó Loman—. No los había visto.

—Porque ésta es una habitación donde los extraños no entran.

—De acuerdo, pero ¿qué hay en esos viejos volúmenes?

—La historia de la familia.

Loman paseó su mirada por aquellos tomos que el paso de los años había carcomido. Observó que uno de ellos se refería a la historia de los escudos, y otro a los empleos estatales que habían tenido los Shirley, desde almirantes de la Home Fleet hasta miembros del consejo privado de Su Graciosa Majestad británica. Pero el que a Nat le importaba era otro, el más viejo tal vez. Se trataba de un tomo más delgado que los otros y en el que, al parecer, figuraba la historia de la construcción de Shirley Manor a lo largo de los siglos. Pero también había algo más, porque la muchacha tembló al señalar una página.

—Por favor. Loman —bisbiseó—. Tome ese otro volumen, el de la historia de los escudos. Vea lo que ocurre con las flores de lis.

Él tomó aquel pesado librote y lo hojeó hasta dar con aquel emblema que pertenece a la familia real francesa. En él había una anotación manuscrita que decía:

«Lo usó lord Clarence Shirley. Murió decapitado con hacha por supuesto delito de alta traición.»

—Ahora vea la cruz del Temple —pidió la muchacha—. Es otro escudo que encontrará al final del libro.

El obedeció la indicación. En efecto, pudo ver dibujada la cruz del Temple, que conocía muy bien. Había también dos anotaciones al pie de la página.

«Usada por lord James y lord Fitzgeral Shirley. Apuñalados por unos falsos enviados del rey cuando fue disuelta la orden de los Templarios.»

Loman alzó la cabeza. Miró el rostro de la muchacha, que parecía partido en dos por la luz de la bombilla.

—Bueno, ¿y eso qué? —preguntó.

Sencillamente, el que usaba la flor de lis en nuestro escudo murió durante una de las épocas en que los franceses estuvieron en guerra con los ingleses. Lo consideraron un traidor. Yo he leído la historia de aquel proceso y la sentencia de muerte siempre me ha parecido inexplicable, puesto que lord Clarence no tenía la menor relación con el enemigo, pese a haberle sido concedido por el rey de Francia, años antes, el derecho a llevar en el escudo las flores de lis. Viendo aquellas páginas da la sensación de que ocurrieron cosas inexplicables, como si el diablo lo hubiera enredado todo para conseguir la muerte de aquel hombre.

—No me interesan las cosas que ocurrieron hace varios siglos —dijo abruptamente el joven.

Pero ella siguió, impasible:

—Los otros dos, los que pertenecían, a la Orden de los Templarios, también murieron en condiciones dramáticas y absolutamente inexplicables. Lo que quiero decir con esto es que tanto las flores de lis como la cruz de los Templarios han sido para nosotros unos emblemas malditos.

Loman supo enseguida adónde iba a parar la muchacha.

Con un hilo de voz, preguntó:

—Hay todavía dos cadáveres insepultos en esta casa. Uno había recibido un regalo donde figuraban las flores de lis y otro un regalo donde figuraba la cruz de los Templarios. ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Que con eso les fue enviado un mensaje de muerte?

—Sí, Loman.

—Pero ¿te das cuenta de que es absurdo? ¿Qué sentido tiene esto?

—Espera.

Y la muchacha leyó en el libro que había abierto en primer lugar. Lo hizo con voz temblorosa, lejana, como si ella misma no creyera las palabras que estaba pronunciando:

—Yo había leído esto hace años —musitó—, pero no encontraba ningún sentido a esas líneas. Por ejemplo: «La maldición llegará a la casa de los Shirley y provocará la destrucción de toda la familia, sin que su estirpe vuelva a palpitar sobre la tierra.» La verdad es que las maldiciones que llegaban desde el fondo de la Edad Media nunca me habían preocupado en absoluto, pero ahora les empiezo a encontrar un sentido horrible. Seguiré leyendo: «La maldición llegará junto a una Shirley y ella no la verá.»

Loman quiso sonreír y encogerse de hombros, pero le fue imposible. De pronto, preguntó con un hilo de voz:

—*¿No la verá?*

—Usted mismo se ha dado cuenta del significado, ¿no?

—Creo… creo que sí…

—Sally estaba ciega cuando la niña apareció.

El apretó los labios mientras decía apenas con un murmullo:

—Sí.

—Por lo tanto, no pudo verla.

Loman cerró los ojos.

Dijo con una voz que no parecía la suya:

—No.

—¿Qué piensa de esto, Loman?

No soy capaz de pensar nada.

—Pero hay más. Lea aquí: «La maldición entrará en la casa y vivirá con los Shirley hasta que todos sean exterminados, hasta que de toda la cristiandad se extinga su aliento.» ¿No está viviendo con nosotros esa niña?

Loman no quiso contestar ahora, pero el pensamiento le torturaba como un hierro al rojo.

—Seguiré leyendo —dijo Nat, con voz trémula—. «Sólo una mano justiciera podrá terminar con la maldición, porque la maldición tendrá forma humana y empezará a actuar cuando lleve diez años junto a los Shirley…»

Ahora, Loman notaba que en sus sienes habían aparecido unas finas gotitas de sudor.

—Maldita seas —dijo, tratándola con brusquedad—. No sigas.

—¿Por qué no?

—Porque estás hablando como si alguien tuviera que matar a esa niña.

—¿Para qué?

—Para librarse de la maldición.

—Yo no he dicho eso, Loman; yo sólo te he leído lo que fue escrito hace varios centenares de años.

—Pero lo estás pensando.

Nat se llevó de pronto las manos a la cara, como si no pudiese aguantar más.

Su garganta se rompió en un sollozo.

Y a Loman, bruscamente, le dio pena. Le dio pena su angustia, su incertidumbre, su miedo. Porque Nat *tenía miedo* de todo lo que estaba ocurriendo, y para darle la razón allí estaban todos los muertos.

Como si se ahogara, la muchacha barbotó:

—Haz que se vaya… Por favor… ¡haz que se vaya!

—¿La niña?

—¡SI!

—Sería un golpe terrible para Sally. Ella la quiere.

—Pues entonces guarda ese libro y no pienses más en eso. Entonces, pide simplemente que Dios nos proteja.

—Parece que crees demasiado en las maldiciones, Nat.

—Hasta ahora no creía en ellas.

Loman apretó los labios porque la verdad era que a él también le ocurría lo mismo. Una semana antes se hubiera reído de todo aquello, pero ahora ya no sabía qué pensar. Las sienes le zumbaban horriblemente y él se sentía completamente aturdido.

Fue a guardar el libro. Y al hacerlo no pudo evitar leer las últimas líneas de aquella página:

> «La maldición aparecerá en el aire. Estará en el aire una tarde de niebla, cuando la maldición haya empezado a cumplirse. Y Grabad bien esto en vuestras mentes: Será mejor que nadie la saque del aire, porque de lo contrario la maldición seguirá su camino…»

El joven movió negativamente la cabeza.

No tiene sentido —musitó.

—¿Por qué?

—¡Diablos! ¿Qué maldiciones son las que pueden estar en el aire?

—No lo sé, pero de momento hay algo —susurró Nat con una voz que parecía llegar desde el fondo del tiempo.

—¿Qué?

—Ya estamos en la tarde. Hace bastante tiempo que pasó el mediodía.

—Sí, pero…

—Y hay niebla, una niebla más espesa cada vez.

Desde allí no podían verla, porque aquello era un sótano, pero

Loman sabía que era cierto. Con un estremecimiento, musitó:

—Me parece que todos nos hemos vuelto locos. Más valdrá que me largue de una vez de aquí.

—¿Por qué? ¿Porque la mansión de los Shirley está maldita?

Loman no contestó. Dejó el libro en su sitio y salió de allí como un borracho. Sus ojos estaban espantosamente vacíos. Dos veces chocó con los peldaños antes de llegar al vestíbulo.

Y una vez allí se encontró con la niebla. La niebla que entraba por las ventanas abiertas, que se filtraba por todas partes. La niebla más allá de la cual estaba la maldición.

Pero Loman no lo entendía.

Capítulo XI

El inspector Evans salía en aquel momento de la biblioteca. Casi se tropezó con él.

—Hola, Loman —dijo—, ¿sabe que he dispuesto ya la inhumación de los dos cadáveres?

—Creí que haría venir de Londres un forense más experimentado —dijo el detective—. El que tenemos aquí, ha reconocido que puede haber fallos en los informes de las autopsias.

—No creo que los fallos sean importantes. Si hubiese algo especial, por ejemplo, un veneno, ya lo hubiéramos encontrado en las vísceras. Y tampoco quiero prolongar más esta situación, porque se va a revolucionar toda la comarca.

—¿Supone que, una vez enterrados los muertos, la gente ya no hablará?

—Sí, pero hablará menos. Lo que le juro es que no puedo soportar que esos fiambres permanezcan más tiempo en la casa.

—¿Cuándo será el entierro?

—Por la noche.

—¿Y por qué por la noche?

—Parece que lo exigen así las viejas tradiciones de la familia. El pastor de almas de la parroquia está muy enterado de eso.

Loman barbotó:

—¡Infiernos!

—¿Qué le pasa, Loman? Parece como si hubiera visto un fantasma…

—No. He visto algo peor.

—¿Y qué es?

—He visto que el fantasma lo llevo dentro.

Fue hacia la puerta y se alejó de la casa. Ante las murallas había unos cuantos coches estacionados de gente que iba llegando, pero apenas se distinguían sus relieves, porque la niebla lo llenaba todo. El joven consultó su reloj y se dio cuenta de que eran tan sólo las dos de la tarde. ¡Y parecía como si ya hubiera caído la noche!

Notaba que un viento helado llegaba de todas partes. Y eso era absurdo, porque aquel viento no existía, ya que no se movía ni una voluta de niebla. Pero él lo sentía en todas partes, llegando hasta sus propios huesos.

¡Malditos librotes de la Edad Media! ¡Deberían haberlos quemado

todos! ¡Hablaban de cosas que no existían!

Se fue adentrando por los senderos, entre los árboles centenarios, dándose cuenta de que la niebla se hacía más y más espesa cada vez. Aquello se daba con cierta frecuencia en la comarca, pero hacía años que no ocurría con tanta intensidad.

Materialmente era como si uno estuviese perdido en un océano donde no se veía nada, absolutamente nada. Incluso se tropezaba con las ramas bajas de los árboles en cuanto uno daba unos pasos.

Loman llegó como un sonámbulo al borde de la pequeña laguna que había más allá del bosque.

Y entonces tropezó con aquello. De repente le ocurrió aquella cosa inexplicable, fantasmal, absurda. Tropezó con las piernas de la niña que estaba suspendida en el aire.

* * *

De repente comprendió Loman por qué pudo Elmer morir de un ataque al corazón sin que le tocase nadie. De pronto supo lo que puede ser la sensación de lo absurdo metiéndose hasta las entrañas. Mientras parecía flotar en la niebla, mientras notaba en la cara las piernas de la niña, ni siquiera se atrevió a mirar hacia arriba.

Pensó que estaba ahorcada.

Pero no. Se movía.

Loman alzó la cabeza y entonces la vio bien. Era Marta.

Colgaba en el aire.

Flotaba en el espacio.

El recuerdo de la maldición penetró de tal modo en la mente de Loman que estuvo a punto de lanzar un grito.

Pero un instante después se dio cuenta de que la realidad estaba en parte enmascarada por la niebla. La niña estaba colgada de una de las ramas de un árbol, pero por el cuello del abrigo, de modo que no sufría daño alguno. Lo único que pasaba era que no podía liberarse, ya que las manos no llegaban hasta aquel punto de su espalda, y quizá hubiese muerto allí de frío o de hambre, si al cabo de los días no llega a encontrarla nadie.

Al ver a Loman gimió sordamente:

—Por favor, sáqueme de aquí…

El tendió las manos y la descolgó. Sus dedos temblaron al tocar aquella piel tan fina y que se había ido quedando helada. Miró aquellos ojos que eran tan limpios y detrás de los cuales, sin embargo, acechaban el misterio y la muerte.

La niña lloraba.

Parecía aterrada por lo que acababa de suceder.

—¿Cuánto tiempo hacía que estabas ahí? —musitó Loman—. Estás helada…

—Más de dos horas…

—¿Pero cómo ha ocurrido eso? ¡Tú no te has podido colgar ahí arriba!

—Alguien me colgó.

—¿Alguien? ¿Quién?

—No lo sé.

Loman meneó la cabeza. Se sentía aturdido.

—¿Cómo que no lo sabes? —bisbiseó.

—Vino entre la niebla…

—¿Y tú qué hacías aquí?

—Paseaba.

La niña parecía aturdida. Daba la completa sensación de que había Otra voz en su interior, una voz que no era la suya, pero que estaba contestando por ella.

—¿Qué te impulsaba a pasear?

—Lo hago desde que estoy en la casa.

—¿Siempre por aquí?

—Sí.

—¿Y alguien te ha atacado?

—Sí.

—¿No sabes quién?

—No. Sólo me he dado cuenta de que me sujetaban por detrás y me izaban hasta la rama del árbol.

—¿Pero luego no te has dado cuenta de quién era?

—No, porque se han ido por la espalda, y yo… yo no podía volver la cabeza, tal como estaba ahí arriba.

La niña contestaba con palabras breves, casi con monosílabos, y cuando intentaba hacer una frase más larga se entrecortaba. Loman se dio cuenta de que estaba aterida de frío y además asustada, pensando que nadie iba a venir a salvarla de allí.

Y sin embargo…

Sin embargo, Loman sentía en su cerebro el vértigo de la muerte.

Él había leído la maldición en aquellos libros de cuya autenticidad no podía dudar ni un momento.

Había pensado que era una cosa completamente absurda. Una niña flotando en el aire… Y poco después había tropezado con ella. ¡La maldición se había hecho realidad!

Notó que un frío horror le iba invadiendo. Era un horror sutil, inexplicable, y por eso mismo mucho más profundo. Porque las cosas que se explican dejan de darnos miedo, pero lo que ahora le ocurría a

Loman no tenía sentido, a menos que se diera una circunstancia: que la maldición fuera cierta. Y lo era…

Y que la niña fuese algo así como una enviada del diablo. Y lo era…

El detective sintió que la cabeza le daba vueltas.

—Vamos —musitó—, te devolveré a la casa.

Y los dos echaron a andar por el camino. Avanzaron hacia Shirley Manor, mientras les envolvía más y más la niebla.

* * *

Evans murmuró:

—No tengo inconveniente en que se celebren los sepelios. Puede usted actuar. La policía da su permiso.

El maestro de ceremonias que iba a presidir los funerales hizo un gesto afirmativo, le dio las gracias y se introdujo en la penumbra del interior de la casa. En las entrañas de ésta se oían los acordes irreales de un órgano.

Los ataúdes se hallaban en una de las habitaciones superiores e iban a ser cerrados. Unos hachones a punto de extinguirse iluminaban tétricamente la escena.

Todos los familiares se habían reunido allí, y Loman los miró uno a uno. Sus caras parecían irreales, pálidas, como si se fueran a disolver en el aire. También la pequeña Marta había sido conducida a aquel recinto, y lo miraba todo desde un rincón con los ojos brillantes de una joven loba. El órgano, que estaba montando en la capilla particular de los Shirley, inundaba el ambiente de unas notas solemnes y que querían ser piadosas, pero que en realidad no hacían más que aumentar el horror.

Porque eso era lo que todos sentían: miedo. La sensación de estar atrapados en una malla de la que no podrían huir, y que inexorablemente les iba a conducir a la muerte.

Los ataúdes fueron cerrados. Los coches fúnebres esperaban abajo, junto a las murallas de Shirley Manor.

Loman preguntó a Evans:

—¿Es que aquí es costumbre enterrar a la gente de noche?

—Se trata de una vieja tradición, según me han explicado —murmuró el inspector—. Los Shirley siempre hicieron las cosas así, un poco al estilo de las leyendas de vampiros. Y me temo que la escena en el cementerio no sea apta para personas que padezcan de los nervios.

—¿Por qué? —musitó Loman.

—En primer lugar por la niebla, que aún no se ha levantado. No

vamos a ver ni siquiera las fosas a la luz de las antorchas. Porque además, ese maldito cementerio, que es un lugar histórico, no tiene ni siquiera luz eléctrica. En segundo lugar porque parece que los panteones están llenos y habrá que hacer sitio sacando ataúdes que llevan allí dos siglos. Los de la funeraria han pedido doble paga por hacer ese trabajo, y no porque sientan asco ante los muertos, sino porque hasta a ellos les asusta ese cementerio.

—¿Tiene fama de lugar maldito?

Evans dijo con un hilo de voz:

—Prefiero no saberlo.

Los ataúdes fueron descendidos a hombros por las escaleras. Ahora los acordes del órgano habían cesado y daba la sensación de que el silencio de la casa hubiera podido cortarse con un cuchillo.

Sólo los pasos de los que transportaban los ataúdes. Sólo, de vez en cuando, las respiraciones agitadas de los que iban tras ellos.

Eso era lo único que se captaba.

Loman se dio cuenta de que Sally estaba más hermosa que nunca, aunque había palidecido mortalmente. Sus ojos, muy abiertos, miraban al vacío y el joven pensó que era una lástima que hubiese recobrado la vista sólo para ver aquello. Verdaderamente no valía la pena.

También Nat iba detrás, pero a veces le temblaban las manos espasmódicamente. Tropezó al subir a un coche, como si le fallaran las rodillas.

El cementerio estaba al pie de una colina, rodeado por una pared de piedra que también tenía varios siglos. En él sólo habían recibido sepultura las familias nobles, y ahora estaba reservado casi en exclusiva para los Shirley.

Los coches se detuvieron ante la entrada. Los faros iluminaron el tétrico ambiente. La puerta del cementerio fue empujada y abierta bajo aquellos torrentes de luz, que sin embargo dejaban a los lados siniestros espacios de sombra.

Aquellas puertas chirriaron. El chirrido se transmitió como un quejido humano entre las capas de la noche.

Loman tenía la mirada perdida. Un volcán de pensamientos azotaba su cráneo.

Los nervios, hartos de tanta tensión, estaban a punto de estallar.

Notó entonces que una mano rozaba la suya.

Se volvió. Era Sally quien estaba junto a él. Los dedos de Sally temblaban como si ella fuera a sufrir un ataque de epilepsia.

—Presiento algo horrible —musitó ella—, algo que no tiene nombre…

—En otro momento no hubiera hecho caso de tus presentimientos

—susurró Loman—, pero ahora me he dado cuenta de que, por desgracia, tienes razón. Igual que si fuera obra del diablo, lo que has dicho se ha ido cumpliendo. ¿Qué es lo que presientes ahora?

—No sé. Algo horrible…

—¿Es otro de esos pensamientos que no sabes de dónde vienen, otra de esas fuerzas extrañas que surgen del fondo de ti misma?

—Es… es una cosa que no tiene forma, que no tiene nombre… Quizá se trate de algo que leí hace tiempo.

—¿Dónde?

—No lo sé.

Quizá en otro momento hubiera hecho Loman un gesto de impaciencia, pero ahora no pudo. Los mismos presentimientos que atenazaban a Sally le estaban atenazando a él, de modo que sentía vibrar sus nervios como cuerdas de violín a punto de romperse.

—¿Y qué es lo que leíste, aunque no recuerdes dónde? —musitó.

—Es que ni siquiera sé si lo he leído.

—De todas formas, dilo. Aunque sean en palabras inconexas y que no tengan demasiado sentido, pero dilo…

—Se trata de saber si el diablo ha llegado hasta nosotros para provocar la muerte de nuestra familia. Para envolvernos en el mal.

La frase había sido dicha en voz baja y lejana, como una maldición que llegara desde el fondo de los tiempos.

—¿Cómo notarás que el diablo está entre nosotros? —bisbiseó Loman.

—Sé que está…

—Pero ¿qué es lo que te lo va a confirmar?

La muchacha musitó con aquella voz que no parecía ser suya:

—Dios mío, tengo miedo…

—De todos modos, habla. Ya es tarde para sentir miedo e incluso es tarde para pensar. Habla de una vez…

La voz pareció llegar desde el fondo de una garganta que no era humana.

—El muerto saldrá de su tumba y nos mirará.

—¿De dónde sale todo eso, Sally? ¿Qué infiernos estás diciendo?

—El muerto saldrá de su tumba y nos mirará…

Aquello parecía ser todo lo que la muchacha era capaz de pronunciar. Su cara se había transfigurado y reflejaba un infinito horror, un miedo que estaba por encima de sí misma. Loman le apretó una mano intentando calmarla, porque se daba cuenta ahora de la profunda ternura que aquella muchacha le inspiraba, de lo profundamente que se había metido en él cuando la acompañó en sus pasos, siendo todavía una ciega.

Pero ahora no podía pensar en la ternura y ni siquiera en la vida. Ahora se estaba hincando profundamente en él, como una maldición, la idea de la muerte.

Mientras tanto, ya habían pasado al interior del cementerio, pero ahora tenían que hacerlo a la luz de los hachones, porque los automóviles no podían entrar en el recinto y por lo tanto no llegaba hasta allí la luz de sus faros. Las llamas temblorosas iluminaron las estatuas funerarias muchas de las cuales habían sido tragadas por la hierba. Viejos guerreros esculpidos en piedra desafiaban al tiempo desde los rincones vigilando como fantasmas. Los panteones emergían de la noche y de la nada como si fuesen pedazos de la propia niebla.

Porque eso sí la niebla se había mantenido y hacía que apenas se viera a unos pocos pasos más allá de la luz de los hachones. Todos estaban envueltos en una atmósfera irreal y que parecía haber llegado de otro mundo. No se atrevían a hablar como si las palabras formaran parte allí de la maldición que les envolvía.

Los de la funeraria depositaron los ataúdes.

Dos de ellos se acercaron para abrir el panteón de los Shirley.

Loman se había adelantado también sin darse cuenta, dominado por una especie de nerviosismo que no le dejaba respirar.

Notó entonces que otra mano rozaba la suya.

Se volvió de nuevo, pero esta vez no era Sally la que estaba junto a él. Se trataba de su prima Lorena.

Aunque Loman no leía las revistas de sociedad, ya que le importaban bien poco, había visto algunas veces la cara elegante, refinada, cuidada hasta el máximo por las *esthéticiennes* de aquella muñequita de lujo que era Lorena Shirley. Dueña de una considerable fortuna, podía darse la gran vida a pesar de los impuestos, y solía pasar la temporada de invierno entre Saint Moritz y las Bahamas, mientras que el resto del año lo repartía entre sus casas de Mallorca y sus apartamentos de Londres y de París. De la fortuna de los Shirley —aquella que debían heredar Sally y Nat en su mayor parte— le correspondía una pequeña porción a la que seguramente Lorena no daba importancia.

Todos esos pensamientos pasaron rápidos como chispazos por la mente de Loman mientras miraba a aquella muñequita que ahora, sin embargo, no lo parecía. Porque Lorena estaba desencajada, tensa, y sus ojos estaban clavados en el vacío, sin atreverse a mirar a ninguna parte.

—Desearía hablar con usted, inspector —musitó—, y ojalá nadie nos oiga.

—Yo no soy inspector de policía —dijo Loman suavemente—. Soy detective privado.

—Ah… ¿Entonces usted no es Evans?

—No. Evans es aquel hombre ya algo mayor que está a la izquierda.

La muchacha vaciló un momento.

—Bien… De todos modos, poco importa si se lo digo a usted. Incluso no sé si tiene importancia, pero me ha extrañado verlo.

—¿Qué es lo que ha visto?

—Una cosa que no sé qué sentido tiene en Shirley Manor. Estaba en una de las habitaciones, muy escondido dentro de los armarios. Se trata de algo que podría tener utilidad para un coche, pero no sé qué diablos hacía dentro de la casa.

—¿De qué se trataba?

—De una gran batería de las que llevan los camiones, junto a la cual había una bobina de alta tensión. De esa bobina partían dos largos cables que estaban enrollados cuando yo los he visto.

Loman se frotó levemente la mandíbula.

No entendía para qué podía servir aquello.

—En fin… —dijo—. La batería proporciona corriente a baja tensión y la bobina la convierte en alta. Es el mecanismo de los coches, como usted sabe. La corriente de alta tensión creada por la bobina a partir de la baja tensión de la batería, es la que llega a las bujías y las hace entrar en ignición. Yo tampoco veo qué utilidad puede tener eso dentro de la casa, pero imagino que no hay que darle tampoco demasiada importancia.

—De acuerdo —musitó Lorena—, pero he querido decírselo.

—Ha hecho bien. Gracias, Lorena. Cuando volvamos a Shirley Manor me enseñará de todos modos eso que usted ha descubierto.

En aquel momento se acercó Evans. Musitó:

—¿Pasa algo, Lorena?

—No. Estaba explicando un raro descubrimiento que he hecho.

—¿De qué se trata?

Ella lo explicó en breves palabras, mientras los de la funeraria forcejeaban aún con la cerradura del panteón, que no acababan de acertar.

Evans musitó:

—Prefiero que me enseñe eso sin que nadie se dé cuenta. ¿Por qué no viene conmigo cuando esto termine? Así llegaríamos a Shirley Manor antes que los otros.

—No hay inconveniente, inspector.

—Aguárdeme allí, junto a la pared. Veo que los de la funeraria ya han podido abrir el panteón y ahora habrá que sacar algunos viejos ataúdes. Le juro que eso no es agradable.

—De acuerdo, inspector. Le esperaré allí.

Y la muchacha se distanció del grupo que se había ido acercando al panteón. Los empleados de la funeraria habían trabajado valiéndose de una linterna, pero la luz de los hachones lo alumbraba todo directamente. A pesar de la niebla, envolvía el panteón en un halo de siniestro resplandor. La parte alta de ese panteón, que antes a linterna no había hecho visible, estaba ahora iluminada con perfecta claridad.

Y de pronto todos miraron hacia arriba.

Y de pronto todos lo vieron.

Y de sus gargantas brotó un unánime grito de horror.

Un grito que estaba más allá del miedo, más allá de la vida, más allá de la muerte.

Loman también miró. Y sintió que se le helaba la sangre, que se le helaban hasta los tuétanos de los huesos.

Recordó la extraña, la siniestra frase de Sally:

El muerto saldrá de su tumba y nos mirará.

Porque, en efecto, allí, encima del panteón, estaba el muerto.

Y el muerto les miraba…

Capítulo XII

El reflujo de horror que se produjo entre todas las personas que estaban en el cementerio dio lugar a una escena enloquecedora. Todo el mundo corrió para alejarse de allí, mientras los gritos rasgaban la niebla, los cuerpos tropezaban unos con otros y los hachones encendidos caían entre las tumbas.

Mitad por el miedo y mitad por la semioscuridad que imperó a partir de entonces, fueron muchos los que se desplomaron y los que chocaron con las viejas esculturas, que brotaban aquí y allá, como fantasmas. Aquella escena de aquelarre quedó en un momento casi vacía, a excepción de dos o tres personas que miraban aquella escena con expresión de fanatizado horror.

Una de esas personas era Loman. Tenía los ojos clavados en aquella alucinación, en aquella escena increíble.

El muerto debía tener una antigüedad de cien años, aunque la sequedad del panteón lo había conservado sorprendentemente bien. La cara momificada, los ojos que no existían, las ropas hechas jirones le daban una apariencia de pesadilla, de aquelarre y de horror.

Con las manos descarnadas se sujetaba a la cruz que era como el remate del tejado del panteón. Los miraba a todos desde el vacío, desde el fondo del tiempo y desde el fondo del miedo.

El propio Loman sintió que su garganta se secaba.

Hubo un momento en que sus piernas vacilaban, pero no fue por el horror, sino por la sorpresa.

Porque se dio cuenta de que su cumplían todas las maldiciones.

De que era cierto. El diablo estaba en la casa de los Shirley.

* * *

Alguien le empujó. Se dio cuenta de que era el inspector Evans, el cual estaba mucho más nervioso que él.

—¡Salga! —gritó Evans—. ¡Hay que llamar a los policías que están fuera!

—¿Para qué?

—¡Infiernos! ¡Para que retiren a ese muerto!

Y desapareció en un instante. Loman le siguió, alumbrándose por la difusa luz de los hachones caídos. La niebla había vuelto a espesarse más, haciendo que no se viera nada más allá de la tumba que uno estaba pisando.

Masculló:

—¿Y Lorena, esa chica que tenía que hablar con usted?

—¡Ha salido con los otros! —gritó Evans—. ¡La encontraremos fuera!

Los dos saltaron por encima de una losa. La niebla cerró tras ellos como si a sus espaldas ya no existiera nada.

Pero Evans se equivocaba. En la confusión del primer instante, había confundido a Lorena con otra mujer. Lorena Shirley, en cambio, permanecía en su sitio, en el lugar que le habían indicado.

No sólo obraba así porque era una mujer disciplinada. Además no había visto bien el horror que estaba encima de aquel ataúd, de modo que en el primer instante no acabó de entender por qué la gente huía de aquel modo.

Y de pronto, cuando se dio cuenta, ya estaba sola. Espantosamente sola.

La niebla la rodeaba por todas partes.

No se veía nada.

Los hachones caídos en las tumbas iluminaban aquello como pequeñas hogueras en un espacio infinitamente vacío. Apenas alumbraban media yarda en torno suyo. Lo demás era gris y negro a la vez; era como el sudario de la muerte.

Lorena se llevó las manos a la cara.

De pronto sentía lo que no había sentido nunca. El miedo llegando hasta sus huesos, el miedo envenenando su sangre.

El miedo que la impedía moverse.

Aquel horror que se había enquistado en su garganta y no la dejaba gritar.

Pero en cambio podía oír.

TRACCCC… TRAAAAAAC…

Los pasos hollaban la gravilla.

Venían hacia ella.

Lorena sabía que la muerte estaba allí.

Pero su propio miedo le había agarrotado los músculos y le impedía moverse.

TRAAAACCC… TRAAAACCC…

Los pasos ya sonaban a su lado. Atravesaban aquella niebla opaca, envolvente, que le impedía ver.

Pero, de pronto, sus ojos se encontraron con aquella cara. Se encontraron con la muerte. Los ojos de Lorena vieron entre la niebla su propio fin.

De pronto el cuchillo rebrilló bajo su garganta.

No pudo esquivarlo.

La hoja de acero le rasgó la piel. Penetró hasta sus entrañas. La sangre se convirtió en una mancha roja que atravesó la barrera gris de la niebla.

Y Lorena Shirley cayó de rodillas para no levantarse más. Los pasos livianos se alejaron entonces entre las tumbas.

* * *

El pánico de la gente que huía del cementerio recordaba un poco el de la primera película de Frankenstein, cuando un pueblo entero escapa aterrado ante la presencia del monstruo. Pero los fugitivos —entre los cuales estaban los de la funeraria— recobraron un poco la serenidad al verse envueltos de nuevo por la luz de los faros de los coches, que continuaban encendidos del todo y daban a la atmósfera un cierto aire tranquilizador. Fue Evans uno de los primeros en intentar poner orden en todo aquello.

—¡Loman! —llamó—. ¡Loman!

El detective apareció junto a él. Su mirada paseaba por entre la pequeña multitud como si buscase a alguien.

—¿Y Lorena? —preguntó.

—¿Qué?

—Lorena…

—No sé… ¿No está aquí? —farfulló Evans.

—No la veo, y usted me dijo que la había distinguido mientras huía, inspector. Pero no se la ve por aquí…

—Quizá me confundí con otra persona. Había tanto lío… ¿Pero qué es lo que está pensando, Loman? ¿Por qué pone esa cara?

—Sencillamente por una cosa… ¡Porque ella sigue en el cementerio!

Y corrió hacia allí. La niebla se lo tragó enseguida. Era una locura meterse en aquella especie de universo del Mas Allá, donde acechaba la muerte, pero Loman pensaba en eso ahora.

Pronto le rodeó la oscuridad.

Entre la niebla, sólo se veía aquí y allá el resplandor de los hachones caídos en el suelo.

Pero los ojos de águila de Loman distinguieron algo más: Llegaron a distinguir el cuerpo caído de la mujer, que flotaba en un lago de sangre.

Corrió hacia ella. Tomando uno de los hachones, la iluminó. Y pudo ver sus ojos desencajados, en los que aún flotaba una chispita de vida…

En aquellos ojos había horror.

Incredulidad.

Pero pronto sufrieron una última crispación y se cerraron para siempre.

Loman no podía entenderlo.

Sus pensamientos eran un horrible caos. Hasta entonces no había querido creer que el Más Allá estuviese entre los seres humanos, que les rodeara, pero ahora se daba cuenta de que el Más Allá le estaba envolviendo como un manto diabólico. ¡Que el diablo estaba allí! *¡Que vivía con ellos!*

Y fue entonces cuando oyó aquel sollozo junto a él, cuando de pronto volvió la cabeza con una brusca contracción nerviosa.

Capítulo XIII

Sally estaba junto a él, pero Sally se había convertido en su propia sombra. Trémula, desencajada, sin fuerzas, contemplaba aquella escena en la que no quería creer, aquella visión que la volvía loca.

Había caído de rodillas cerca de la sangre.

Y su boca trémula, sus palabras incoherentes, dijeron las mismas cosas que había pensado Loman. Fue como si leyera su pensamiento:

—Es… es tal como yo lo dije… Ha llegado el diablo y está entre nosotros… Vive en nuestra casa… Todos moriremos… ¡Absolutamente todos! ¡TODOS! ¡La maldición ha caído sobre los Shirley!

Temblaba epilépticamente, a punto de sufrir una crisis total y a punto también de derrumbarse sobre la sangre de la muerta. Loman hubo de abofetearla con fuerza para hacerla volver en sí.

Pero no lo consiguió del todo, porque Sally quedó entonces quieta, con la mirada perdida, incapaz de reaccionar.

La boca se le abría y cerraba.

Si Loman no llega a conocerla antes, hubiese tenido incluso miedo de ella.

Al fin Sally dijo con una voz ronca y lejana, que no era la suya:

—Está escrito desde el principio del tiempo. Es… es esa niña…

—¡Olvida eso, Sally! ¡Tienes que olvidarlo! ¡Maldita sea! ¡OLVIDALO!

Ahora el que estaba a punto de perder los nervios era Loman. Todo lo que se dijese acerca de Marta le parecía monstruoso, absurdo… Pero si en aquel momento hubieran rascado hasta el fondo de su cerebro hubiera sido posible ver que él lo creía también.

Levantó a la muchacha.

La puso en pie y trató de sacarla de allí, pero ella era una estatua de hielo.

Parecía imposible moverla de aquel sitio, de aquel diabólico reducto del Más

Allá…

Apenas podía respirar.

La boca se le seguía abriendo y cerrando convulsamente.

Con aquella voz que no parecía la suya, farfulló:

—Nat me lo había dicho…

—¿Nat? ¿Qué te había dicho Nat?

—Tengo que salvar a mí familia…

—¿Qué te había dicho Nat?

Quizá ella hubiera podido hablar más adelante, pero no lo consiguió. Porque en aquel momento ocurrió algo alucinante, algo espectral, algo espantoso.

El muerto que estaba arriba, en el panteón, se derrumbó. Los frágiles huesos que aferraban la cruz se rompieron.

Y aquel cadáver cayó casi entre los dos.

Se deshizo en el aire.

Se convirtió en polvo, en un amasijo alucinante que acabó de llenar de horror la atmósfera que les envolvía.

Y entonces se dio cuenta Loman de que Sally acababa de romper el último punto de equilibrio de sus nervios, de que la muchacha se hundía definitivamente. Se llevó las manos a la cara y lanzó un grito de loca, un grito alucinante, estremecedor, que resonó en la niebla como tal vez resuenen algún día las trompetas del Juicio Final: viniendo de algo que ya no es humano.

Loman intentó sujetarla.

En ese momento, Sally era una loca capaz de cualquier cosa y convenía protegerla de sí misma, pero el joven notó cómo se escurría de entre sus dedos. Saltó para sujetarla y ya no pudo. Ella se había perdido entre la niebla.

Y quizá hubiera sido posible hallarla caso de dirigirse a la puerta principal del cementerio, pero la muchacha iba alocadamente en otra dirección. Tal vez había allí una puertecilla secundaria que ella conocía.

Loman tropezó dos veces.

La había perdido de vista por completo.

Lanzó una sarta de maldiciones mientras giraba para dirigirse al sitio donde veía la luz de los faros. Al MENOS aquél era un punto de referencia, porque de lo contrario se pasaría la noche entera en el cementerio.

Al salir casi tropezó con Evans. El número de coches había disminuido, porque mucha gente se alejaba de allí. Pero el lugar aún estaba bien iluminado, y el inspector detuvo a Loman mientras gritaba:

—¡Lorena! ¿Qué ha sido de Lorena Shirley?

—Ha muerto —dijo Loman con un hilo de voz— La han asesinado.

—¿Que la han a… a… asesinado?

—Tome un par de agentes y entre en el cementerio para convencerse, inspector, pero antes dígame una cosa.

—¿Qué?

—¿Adónde ha ido Sally? ¿La ha visto?

—¿Por qué se preocupa tan sólo de esa mujer?

—Quizá porque es la única que me interesa realmente. La conocí siendo muy desgraciada, la ayudé entonces y quiero seguir ayudándola. Además, ahora está pasando por una terrible crisis y puede cometer una locura.

¿La ha visto?

—Sí. Parecía terriblemente excitada… Ha tomado a Marta de la mano y ha corrido hacia allí. ¿Ve? Hacia allí

Le señalaba uno de los puntos en que más espesa era la niebla. Loman sintió que se le contraía la garganta. Avanzó en aquella dirección con toda la velocidad que le permitían sus piernas.

No veía nada.

La niebla era un sudario tan espeso, tan envolvente que tenía la sensación de estar dando vueltas sobre sí mismo.

Pero no era así, porque se alejaba de los focos y por lo tanto se alejaba de toda zona habitada. Pronto se dio cuenta de que estaba caminando a tientas por entre los árboles. Había llegado al bosque que terminaba en un lago de aguas claras, donde por la noche, según los habitantes de la comarca, se oían gritos de ultratumba.

—¡Sally! —gritó—, ¡SALLY!

Sólo le contestó el silencio. Ni el eco de su propia voz llegó hasta él. La niebla le envolvía, le ahogaba, le llevaba hasta los mismos umbrales del Más Allá…

Y lo peor para él era que, en este terrible momento, su cerebro empezaba a aclararse algo. En este momento comprendía que Lorena había muerto precisamente por lo que antes le contó. Para que no diese más detalles o no le orientara más. Había muerto no a causa de un hecho sobrenatural, sino a causa de un perfecto plan diabólico.

Ahora los pensamientos empezaban a ser más claros en el cerebro de Loman. Ahora empezaba a hacerse ante él un débil rayo de luz.

Porque además recordaba un par de detalles de los informes de autopsia, unos detalles que al principio parecieron no tener importancia y que sin embargo, encajaban en aquel rompecabezas maldito.

Empezaba a verlo con un poco de claridad… ¡cuando ya era demasiado tarde!

¡Cuando alguien más iba a morir!

Sus pies se hundieron entonces en las aguas del lago.

Había llegado al borde del bosque. Ya no podía seguir más. Sus ojos divisaron una superficie lisa como una lápida y parcialmente iluminada por la luna. La niebla baja seguía cubriéndolo todo y no permitía ver las aguas del lago a más de diez yardas.

Pero a menos de diez yardas estaba Sally. Avanzando como una autómata, como una sonámbula, se iba a hundir en el agua con la

niña. A Marta la llevaba en brazos y sin duda iban a ahogarse las dos. Los brazos caídos de la niña indicaban que estaba sin sentido a causa de un golpe que le había propinado Sally misma.

Iba a matar a Marta porque pensaba que así acababa con la siniestra maldición que flotaba sobre su familia. Porque así acabaría con aquella alucinante cadena de muertes. Pero al propio tiempo quería tanto a la niña, sentía tanto dolor, que en el fondo del lago iba a encontrar la muerte también ella misma.

Loman volvió a lanzarse con toda la velocidad de sus piernas.

Sujetó a la muchacha por el cuello antes de que fuera demasiado tarde.

La impulsó hacia atrás para sacarla del agua.

Ella se revolvió.

Había en sus ojos una mirada de loca.

Mientras sujetaba a la niña con una mano, intentó con la otra arañar a Loman. Estaba tan enloquecida, que le llevó directamente las uñas a los ojos. Loman hubo de aplicarle en la nuca un golpe de karate, dejándola sin sentido. Entonces la sujetó, levantando también a la niña, y empleó todas sus fuerzas en sacarlas a las dos del agua sin resbalar en el limo que formaba el fondo del lago.

Una vez en la orilla, las tendió a las dos para que se fuesen recuperando. Notó que respiraban acompasadamente, lo que era un buen síntoma. El pulso de ambas era bastante normal, y por lo tanto, Loman se convenció de que recobrarían el sentido pronto.

Fue Sally la primera que lo hizo.

Sus ojos volvieron a ser los de una alucinada cuando los clavó en el rostro de Loman. Intentando saltar, gritó:

—¡Déjame! ¡Déjame de una vez! ¡TENGO QUE HACERLO!

Loman la sujetó, pero lo hizo casi con dulzura. Mientras intentaba sonreír, para tranquilizarla, dijo:

—No, no es necesario, Sally.

—Pero ella…

—Ella es una pobre niña.

La garganta de Sally se rompió en un sollozo. Sentía pena por Marta y por ella, una pena honda y angustiosa que le impedía respirar. Una pena que estaba más allá de este mundo.

—Dios mío… —farfulló—. Dios mío…

—Llora si quieres, Sally. Eso hace bien. Pero olvida lo de quitaros la vida las dos juntas y deja que te hable.

—¿Hablarme de… de qué?

—De esa diabólica cadena de crímenes.

—Loman, tú no puedes entenderlo…

—Por el contrario, lo entiendo perfectamente. Lo malo es que me he dado cuenta en el momento en que casi era demasiado tarde.

—¿Cuenta… de qué?

—De que aquí no hay diablos, sino hombres. O mejor dicho, mujeres.

—No… no te entiendo. Loman.

—Quizá más vale que empiece por el principio. Quizá convenga recordarte que los Shirley no sois unos nobles arruinados, sino que tenéis una fortuna más que considerable. Cualquiera se sentiría tentado por ella.

—Sigo… sin entenderte.

—Pues lo harás dentro de muy poco. Veamos la lista de herederos. En primer lugar, tú y tu hermana Nat.

—Sí. ¿Y qué?

—Espera… Hay otros. Otros, como por ejemplo, Sigrid. O Reginald. 0 Elmer. Todos ellos están muertos.

Loman había hablado en una voz baja, tensa, una voz que llegaba hasta el fondo del cerebro de Sally… ¡pero ella seguía sin entenderla!

—También ha muerto Lorena —balbució—pero ella era heredera de una cantidad tan mínima que no había ni que mencionarla…

—Lorena murió porque empezaba a saber demasiado. Ahora lo comprendo de verdad. Ella había descubierto una cosa muy extraña.

—¿Qué cosa?

—El sistema que emplearon para matar a Elmer.

—Pe… ¡Pero Loman! ¡Tú estás loco! ¡Lo de Elmer es algo que no tiene explicación!

—Claro que la tiene, muchacha. Todo en este mundo la tiene, y por eso te he dicho que no había demonios, sino hombres, y especialmente mujeres. Pero quisiera hacerte entender que todo esto ha tenido una vil y sustanciosa motivación económica.

—¿Alguien quería que… quedarse con toda la herencia?

—Sí —dijo sordamente Loman.

—¿Quién?

—Nat.

Sally se estremeció brutalmente. De pronto intentó saltar otra vez y huir de allí, como si pensase que en estos momentos el que sufría el ataque de locura era el detective, no ella.

Pero Loman la sostuvo firmemente, inmovilizándola contra el suelo, mientras decía:

—¡Quieta y escucha! ¡Todo lo comprenderás cuando oigas unas cuantas palabras más, aunque no te guste creer en ellas! Te he dicho por qué murieron esas tres personas. Ahora te explicaré cómo.

—En la casa es… estaba el diablo.

—Ni diablo ni puñetas —dijo secamente Loman—. Sigrid estaba drogada con LSD, lo cual hace perder la sensación de la altura y produce desvanecimientos que incitan a lanzarse al vacío desde cualquier sitio, pero además, en este caso, Nat «la ayudó» un poco. Ella estaba en el torreón cuando Sigrid cayó al vacío.

—¡No puedo creer una palabra de lo que dices! ¡Esto es absurdo! No… ¡No puedo creerlo!

—Te explicaré lo de Reginald —dijo entonces, implacablemente Loman.

—¿Lo de Reginald? ¿Qué sentido tiene lo suyo? ¡No me digas que eso lo puedes explicar! ¡Era imposible que en la habitación entrase nadie!

—No necesitó entrar nadie, Sally.

—¿Pues entonces, cómo murió?

—La autopsia hecha por una persona no demasiado experta, evitó que yo llegara a conocer algunos detalles esenciales, pero aun así he estado atando cabos y he podido darme cuenta de todo. En la habitación de Reginald, dentro de la chimenea encendida, habían dejado una cápsula de plástico que contenía Cyclon B, el temible gas venenoso que los nazis emplearon para matar a millones de seres humanos en los campos de exterminio. Esa cápsula de plástico debía ir deshaciéndose lentamente con el calor, hasta llegar a desaparecer por completo, con lo cual, nosotros no encontraríamos ni rastro. Estaba calculada para resistir una temperatura determinada, pero esa habitación, dentro del cuarto, subió notablemente al cerrar Reginald la ventana, por lo cual la cápsula se deshizo más pronto y el gas letal quedó liberado. El forense hubiese debido encontrar restos en los pulmones, pero no se ocupó de eso porque ni siquiera lo sospechaba. Sólo por algunos datos sueltos pude hacerme yo una idea de lo que había sucedido.

—¿Y Elmer? ¿Qué explicación tiene lo de Elmer? ¡Allí no había ninguna chimenea encendida! ¡Todo eso no tiene sentido!

Loman hizo un gesto de desaprobación con la cabeza.

—No seas estúpida, Sally —musitó—. Esa diabólica asesina, que lleva años acariciando su idea, no podía emplear el mismo sistema para dos crímenes distintos. Conociendo perfectamente la casa, se dio cuenta de un detalle, que era el siguiente: había un desconchado en el pasillo en la parte que daba a la pared del cuarto de baño de la habitación destinada a Elmer. Ese desconchado era lo bastante profundo para dejar al descubierto los tornillos que sujetaban el toallero. Ella, entonces, hizo lo siguiente: sabiendo que Elmer estaba en la habitación y que acabaría tocando el toallero, conectó a aquel

tornillo dos cables de alta tensión, capaces de provocar la muerte de un hombre, aunque sin quemarle las manos, pues eso hubiera dejado una buena pista. La alta tensión la obtuvo da una batería de camión y una bobina, elementos que guardó más tarde, pero que pudo ver Lorena. Luego, Nat tapó un poco mejor el desconchado, para que no se notara tanto, y pensó que aquello jamás se descubriría.

Sally había dejado caer su cuerpo fláccidamente, sin fuerzas. La terrible idea estaba al fin penetrando en su cerebro como un veneno, como una maldición. Pero aún se resistía a aceptarla cuando musitó:

—¿Y todas aquellas casualidades siniestras? ¿Todas aquellas coincidencias? ¿Y las cosas que adivinaba yo? ¿Qué vas a decirme, Loman? ¿Que yo y mi hermana estábamos de acuerdo?

—No. Simplemente, ella aprovechó unos elementos de la historia de la familia, aquellos que favorecían sus planes. Escudos malditos, situaciones adversas… Regalar un pañuelo con flores de lis o una corbata con cruces del Temple no costaba gran cosa.

—¿Fue ella la que… la que hizo los envíos?

—Sí —dijo el joven con voz opaca.

—Pero la que intuía las cosas era yo… ¡yo! ¡Dios santo! ¡Y eso no es posible! ¿Cómo lo explicas?

—Por una razón. Seguro que ella te regalaba algunos de los libros de ciego que tú leías, impresos en sistema Braille. Niégalo si no es cierto.

—Al contrario, es cierto. Me… me los traía.

—¿Alguno trataba de la historia de vuestra familia?

—Sí. Incluso hubo uno que… que hizo imprimir ella.

—Perfecto… Todo concuerda también en eso —dijo secamente Loman—, Muchas de las cosas que tú tenías que *recordar* más tarde estaban en ese libro. Detalles que te enloquecerían y que ella, además, cuidaría insinuarte en el momento oportuno. Banderas que solo se enarbolaban los días de entierro, escudos con un símbolo maldito… No se trataba de que la policía sospechara de ti, sino de que realmente enloquecieras, que llegaras a pensar en la presencia de un poder maléfico en Shirley Manor… ¡un poder maléfico que estaba personificado en esta niña!

—¿Pero… pero para qué? No te entiendo, Loma ¿Qué ganaba con eso?

—Lo que has estado a punto de hacer: suicidarte, ese modo, Nat quedaba limpia de culpa y convertirte en la única heredera.

—Pero… ¿y si no lo llego a hacer? ¿Y si llego a limitarme a matar a la niña en un arrebato de locura?

El joven se encogió de hombros con un gesto de tristeza.

—Poco importaba eso —dijo—. También formaba parte del plan.

Si llegas a matar a Marta, hubiera sido un asesinato en primer grado que te habría enviado a la cárcel o al manicomio para toda la vida. En cualquier caso, ninguna posibilidad para ti de ser designada heredera. El resultado era el mismo.

La boca de la muchacha se abrió y cerró convulsamente dos veces. Ahora sí que la idea —con todo su horror— había penetrado en ella. Miró a Loman con expresión de terrible incredulidad, pero de pronto se tapó los ojos con las manos y de su garganta partió un desgarrado sollozo.

Loman la ayudó a ponerse en pie.

La niña se iba recuperando poco a poco.

—Necesitará que la cuides —musitó él, señalándola—. En realidad está mucho más asustada que tú.

Estrechando a Sally contra su pecho, haciendo lo posible para que ella ahogara sus sollozos, añadió:

—Debes ir a Londres. Será mucho mejor que no estés aquí cuando todo termine.

—¿Y… y cómo va a terminar, Loman? ¿Qué vas a hacer?

—Hum… Hay que conseguir pruebas contra Nat, quien tiene la suficiente audacia como para sacar de ataúd el cuerpo momificado de uno de sus antepasados y colocarlo sobre el panteón para que una de las más siniestras maldiciones se cumpla… Ha sido su último *grand guignol*, su última pirueta macabra. Pero verás cómo confiesa cuando ella también empiece a perder mundo de vista, cuando empiece a enloquecer. — ¿Y… y cómo piensas conseguirlo? ¿Te das cuenta que la quiero aún? ¿Que no deseo su muerte? ¿Lo llegas a comprender, Loman?

—Claro que lo comprendo, Sally, y supongo que por eso te quiero: por la limpieza de tu corazón. Pero no temas, porque simplemente se cumplirá la ley. La cárcel la va a albergar hasta que se pudra de vieja. ¿Me has preguntado cómo le haré perder los nervios, cómo la obligaré a huir primero y a confesar después? Haciéndole encontrar, sencillamente, la horma de su zapato. El inspector Evans me proporcionará un doble de Reginald y otro de Elmer, dos personas que a distancia se parezcan extraordinariamente a los muertos. Bastará con que pasen un par de veces por los alrededores de Shirley Manor, cuando pueda verlos Nat, pero, eso sí… dando cada uno de ellos una mano a Marta. Que me aspen si Nat no llega a ser víctima de su propio clima de horror, si no llega a pensar que esa chiquilla es verdaderamente el diablo.

Y también ayudó a ponerse en pie a Marta, mientras decía:

—Será la última vez que el demonio aparezca por Shirley Manor. Adelante…

FIN